

Parto

Diez Zueta,
Carolina.

Parto.* – 1ª ed. - Rosario, marzo 2017 158 p.; 14,8 x 21
cm. ISBN

Narrativa Argentina.

*

Relatos de Carolina Diez escritos entre
2002 y 2006 bajo el seudónimo de
Andrómeda.

La Alfombra

(2003)

Ilustración:

Lucía Tognarelli



Recuerdo que salí corriendo del lugar. Me sentía libre, como en un sueño, todo era etéreo, mi felicidad completa y totalmente artificial. Sé que corrí por algunas cuadras. Iba a verla, quería ver por un momento, por fugaz que fuera, sus ojos verdes. Quería decirle cuánto sentía haberla tratado así, haberla lastimado, quería explicarle, aunque me resultara prácticamente imposible, por qué había hecho algo tan espantoso. Oí un bocinazo en mi oído izquierdo. Podría haberme aturdido, de encontrarme en mejor estado. La inconsciencia era, ahora que lo pienso, casi absoluta. No veía, no lograba descifrar qué pisaban mis pies, por qué camino corrían. Pero sabía, con certeza, que iba a llegar al hospital. No pensé en mi aspecto o en lo que dirían al verme entrar. No pensé tampoco si él estaría allí también. No recordaba exactamente qué había ocurrido después del episodio que se me figuraba tan lejano a mi presente. No medité acerca de nada. Resbalé en una calle desconocida. Sentí mis pantalones mojados con agua sucia, sentí la humedad en mis piernas como una sensación casi ajena, casi abstracta. Sacudí la cabeza para disipar imágenes amorfas que atravesaban mi campo de visión. Quería, necesitaba lucidez absoluta. Me esforcé por resistir las luces que explotaban ante mí y me incorporé. Corrí de nuevo, sin darme cuenta de que lo hacía. Me adentré en una calle oscura donde mil demonios me acechaban. Vi a la Parca en un rincón pero no quise pensar en ella. El tiempo se me estaba escapando, cada vez me quedaba menos, cada vez me desesperaba más. Traté de acelerar el paso, atravesé la oscuridad pero nuevas luces multicolores arremetieron contra mi cordura. Entré, crucé la puerta con un empujón que dieron mis hombros. No vi un alma alrededor. Subí las escaleras lo más rápido que pude. Resbalé algunas veces. Caí. Vi sangre en mis dedos cuando me toqué la nariz. Vi sangre en mi remera. Seguí subiendo, sin darle importancia. Llegué a su puerta;

estaba abierta. Un débil resplandor llegaba a través de la ranura. Empujé la madera y entré intentando recuperar el aire. Sentía que había pasado millones de años sin respirar. Entonces la vi, tendida en la cama. Un agujero le decoraba la sien. Un agujero ensangrentado y tibio. Su piel empalidecía constante. Sofoqué el primer grito. Me acerqué, gimiendo; las lágrimas se me mezclaban con el sudor. Grité sordamente. Afuera la noche parecía eternizada. Al costado de la cama, un cuerpo yacía inmóvil sobre la alfombra. Llevaba un revólver en la mano y un balazo en el pecho. Era su marido. Lloré. Mis piernas cesaron de sostener mi peso. Desplomé mi cuerpo sobre la alfombra ensangrentada. Mi remera era una sola e inmensa mancha roja. Su olor impregnó mis sentidos. Sentí el ardor último del balazo que llevaba dentro. Encontré el revólver que aferraban mis manos. No estaba en el hospital. No estaba en ningún lugar; moría. Apenas perceptible, oí una sirena que se aproximaba, oí pasos rápidos y oí el click. Yo era el cuerpo sobre la alfombra.

La Plaga

(2004)

Ilustración:

Julieta Medina



No salgo de mi asombro mientras converso con el único sobreviviente de la masacre. Había transcurrido cierto tiempo pero los malos recuerdos perduran, así lo demuestran esos ojos opacados por la muerte.

El último rastro de la -¿pequeña?- fracción de humanidad víctima del virus L¹ que asoló la zona litoral una década atrás. Él es Eduardo, o lo fue alguna vez. Hoy es una persona muy diferente. A pesar de haber tomado distancia con el pueblo maldito (del cual solo queda la tierra infectada y los fantasmas), su mirada parece estar siempre en el mismo extinto árbol frente al cual lo encontraron hace tantos años. Resulta absurda la idea de que su cordura permanezca intacta a pesar de las morbosidades que ha vivido este desgraciado.

“Sucedió todo tan rápido que parece mentira hasta para mí, que lo presencié”, me dice con voz calma y susurrante, con un dejo de desesperación y nerviosismo, probablemente inconsciente.

“El aire olía diferente, pero uno nunca espera ese tipo de cosas”, dice. Carraspea. Yo escribo para mantener el sonido de la máquina y no perderme en el suspenso de sus silencios. “Somos parte de una civilización racional donde ciertas anormalidades resultan simplemente inconcebibles. Sin embargo, todos los ojos que me observaron aquella lejana mañana de septiembre eran inhumanos.” Le tiembla el pulso pero evita la caja de cigarrillos que tiene a diez centímetros de su mano, se controla, fuma demasiado, dice.

¹ Título dado por la prensa

“Mi mujer me había preparado el mismo desayuno de todos los días, pero tenía un sabor muy diferente. Olía a podrido por todas partes, incluso en mi taza de café... incluso en los labios de mi esposa”. Su mirada se pierde, se le inundan las pupilas, sacude la cabeza ahuyentando el acceso de sentimentalismo comprensible que considera no muy apropiado a la ocasión. Le agradezco el gesto para mis adentros; odio ver hombres llorando.

“Una vez afuera de mi casa, noté que todos los árboles de la vereda estaban secos, muertos, marchitos. La gente de todos los días caminaba como sonámbula aquella lejana mañana de septiembre. Cabe decir que siempre me destaqué por ser muy perceptivo, aunque, la verdad, no comprendo cómo alguien puede no darse cuenta de semejante cambio aterrador. En el camino a mi trabajo (de vez en cuando, como aquella vez, se me ocurría ir caminando hasta el consultorio), me topé con cientos de cáscaras de naranja en la vereda, en plena calle. Incluso, de los pocos autos que deambulaban a baja velocidad, lanzaban más de estas cáscaras. Tenían una textura sumamente rugosa que se adivinaba a simple vista y su color era más bien rojizo, aunque podía confundirse por una especie de anaranjado si se observaba sin prestar atención a los detalles. Pero yo siempre fui muy detallista. Sentía que todo alrededor era extraño, fue una sensación que, a pesar de las numerosas depresiones que había tenido en mi vida, jamás había experimentado. Es que no se trataba de algo psicológico o de sugestión (eso lo descubrí más tarde), sino de algo puramente real.” Sus palabras me transmiten un fugaz escalofrío. Ahora sí

enciende un cigarrillo y expulsa el humo lo más lejos que puede. Lo contempla mientras se dispersa por la habitación, con ojos acostumbrados a admirar nubes grises en el aire. Me mira de nuevo y su rostro delata que había olvidado mi presencia, estaba una vez más absorto en su mundo de recuerdos y fantasmas. Yo aguardo en silencio a que retome su fascinante discurso.

“Hoy agradezco cada mañana al despertar a mi Señor por haberme iluminado aquel día (y por las escasas horas que puedo dormir cada noche desde entonces). Fue así como volví a la puerta de mi hogar, que ya no lo era pero todavía yo no lo sabía, y grité el nombre de mi mujer. Ella no me respondió. En cambio, chirrió la puerta abriéndose y el olor a nafta me invadió. En el instante me di cuenta; mi mujer ya no estaba adentro de ese cuerpo. Corrí hasta mi auto, busqué las llaves en el bolsillo de mi saco y arranqué hacia ningún lugar definido. Estaba desesperado. En mi mente rondaban ideas terribles, pero nunca hubiera imaginado que vería imágenes tan diabólicas...”.

Sus labios se abren como para agregar algo, pero no lo hace. Espero. Me indigna que su suspenso marque el ritmo. Enciendo un cigarrillo, fingiendo parsimonia. Al fin, tras chasquear su lengua contra el paladar, continúa con voz susurrante: “Por el espejo retrovisor, mientras me alejaba, pude ver cómo mi hogar se derretía, se fundía literalmente en la hierba de los alrededores. En unos instantes no era más que una montaña de piedras y plástico chamuscado. Me aterroricé cuando descubrí que desde el asiento trasero me sonreía la que una vez hubo sido mi mujer. Elena estaba pálida, con ojeras

púrpuras alrededor de la mirada desencajada, su alientoapestaba a nafta. Vi en su rostro la expresión más asquerosa que hubiese podido imaginar en mi vida, quizás tenía que ver con que se trataba de alguien a quien yo amaba tanto, alguien que de golpe se había convertido en un ser inhumano y aterrador. Sus ojos estaban tan carentes de vida y, al mismo tiempo, tan llenos de odio que no pude contener el gemido. Me estiré para quitar el seguro de la puerta pero sus colmillos (ya no eran dientes) se enterraron en mi brazo hasta desgarrarme un pedazo. Entonces sí grité, mientras le propinaba un golpe en la cara que me permitiera zafar. Intentaba que saliera del auto, sabía que pretendía matarme y no iba a permitirlo. También sabía que ya no se trataba de Elena, sino de un ser monstruoso que me había arrebatado a mi mujer, se había adueñado de su cuerpo y ahora intentaba quedarse con el mío. Alcancé con un doloroso esfuerzo el huidizo seguro y lo quité, logrando zafar antes de que sus dientes volvieran a enterrarse en mi carne. Giré el auto y ella salió disparada hacia la calle. Me estiré una vez más para cerrar la puerta, suspirando con alivio, un alivio que me duró lo que el mismo suspiro: un instante. Cuando volví la vista hacia el camino, descubrí que alrededor de tres docenas de personas (que no eran personas y eso yo ya lo sabía) me observaban, acercándose al coche a paso lento e inmutable, todas con ojos de fuego y sedientas de sangre, de MI sangre. Me desesperé, arranqué el auto con un chirrido que pareció aturdirles y me alejé lo más rápido que pude, pasando sobre ellas sin mirarles siquiera. Poseían un poder hipnótico impresionante y, de no ser por mi desarrollada intuición, hubieran hecho de mí cualquier cosa que ellas desearan con solo diez segundos de mi atención. Así que huí, escapé por la carretera buscando un teléfono y

llegué al mercado del camino.² Desesperado, miré alrededor para ver si había alguien en el lugar. Por fortuna, estaba completamente vacío (eso fue lo que pensé). Llamé a la comisaría y pedí auxilio a gritos pero del otro lado solo había silencio, alguien había levantado el tubo y no me hablaba. Entonces, comprendí; seguramente el virus también habría llegado allí, pues no estaba mucho del pueblo. Presa del pánico, atravesé la puerta trasera del lugar, por donde jamás había andado, y salí a un patio desconocido donde dormían algunos perros. Ninguno se movió al verme allí parado, desquiciado por los nervios. Todos estaban muertos, entendí. Alrededor de diez perros muertos yacían en el suelo. No había sangre, no había ningún rastro de asesinato excepto por la mirada de terror eternizada en cada uno de ellos que descubrí al acercarme. Entonces fue cuando corrí, sin dirección, sin pensar. Me encontré solo corriendo por un camino que ni siquiera sabía que existía, corrí desesperadamente todo lo que mis piernas pudieron. Encontré un camión del otro lado de la carretera, parecía enviado por Dios. Me aproximé a él con mis últimas fuerzas y me asomé, no sin cierta cautela, a la ventanilla del conductor. No había nadie adentro. El asiento del acompañante estaba cubierto de un líquido rojizo, una especie de moho. Mientras observaba el extraño material, oí un ruido proveniente de la parte trasera del vehículo, un ronquido o algo similar, en el exterior o tal vez dentro del baúl. Reaccioné rápido.³ Comprobé a través de la ventanilla que las llaves estuvieran

² Sus brazos acompañan las acciones que narra, sus ojos siguen cada parte del relato, mientras empieza, sin detenerse, un nuevo cigarrillo. (Nota del mecanografiado original)

³ Se levanta de la silla, sus movimientos son ágiles, las manos luchan contra el aire. (N. del orig.)

puestas y abrí la puerta sin fijarme detrás. La cerré en el momento justo en que un hombre se arrojaba contra el vidrio. Grité viendo los hongos llagados de su piel pegados al parabrisas, mientras giraba la llave que no hacía contacto. Pensé en las millones de películas de terror donde ocurría exactamente lo mismo y reí como un enfermo, a los gritos.⁴ Por fin, luego de varios intentos, de algunos insultos y de más risas desquiciadas, logré arrancar el maldito camión y choqué al imbécil que seguía frotando su rostro podrido contra la ventanilla mientras sus eructos se hacían cada vez más constantes y olorosos, tanto que el rancio aroma me llegaba a través del cristal. Cuando me alejé un poco, observé nuevamente a mi derecha, al asiento infectado; el hedor también provenía de allí, aunque no era tan fuerte. Se iba descomponiendo, la sustancia ocupaba cada vez menos lugar y su color se extinguía. Cuando fijé la vista en el camino, descubrí una multitud acercándose hacia mí. Eran muchísimos, más gente de la que nunca creí que habitaba en el pueblo. Se aproximaban tranquilos, una masa uniforme de piel ensangrentada en pleno fermento. Puedo jurar que, a pesar de los tantos metros que me separaban de ellos en ese momento, el olor era insoportable, asfixiante, abrasador. Intenté no mirarlos, intenté desviar mi vista y pasarlos por encima sin pensar, pero lo vi, allí, entre todos esos monstruos, con su rostro podrido y los ojos enfermos, ahí estaba él, tan pequeño, tan indefenso, tan solo. Juro que lo vi humano, juro que era mi hijo de todos los días, el de siempre, mi pequeño de sonrisa triste y gesto de eterna nostalgia. Era mi niño, atrapado entre esas bestias horribles. Me desesperé aún más, si es que eso podía suceder. La cólera creció en mí como un volcán furioso, estallé en un

⁴ Grita. (N. del orig.)

bramido de locura y me bajé del camión justo cuando puse el freno de mano. Me detuve y, estupefacto, observé frente a mí la marcha lenta que se aproximaba a paso certero. Lo miré a él en silencio, esperaba un brillo en sus ojos, el brillo de siempre. Por un momento estuve seguro de que ahí estaba, todo él, todo humano, pero no. Ya no era mi David, era uno de ellos. Sus pupilas no tuvieron la menor modificación al observarme, salvo por un destello similar al del vampiro frente a la sangre. ¿Comprende? Él ya no veía a su padre, ya no veía nada de lo que había sido. Una oleada de tristeza devastadora recorrió mis venas partiendo desde mis pies hasta la cabeza. Sentí la desdicha más enorme de mi vida, sentí la muerte en mi propia piel. Deseé esa muerte, deseé morir con toda mi alma. Deseé matar casi con la misma intensidad. Deseé tanto”.

Veo cómo su gesto se endurece pero no digo nada, tengo tantas preguntas, tantas dudas que sé que no va a aclarar. Sé que si le preguntó el porqué de tal peste, me responderá con una nueva teoría extraterrestre que, seguramente, explicará como algo evidente. Si tan solo me resultara apenas aceptable alguna de sus hipótesis, si...

Ahora está contemplando sus zapatos, volvió a olvidarse de mí. Siento que va a romper en llanto en cualquier momento y yo no voy a saber qué hacer. Su semblante es increíblemente desolador. Retengo el impulso de apoyarle la mano en el hombro, presumo que un hombre que vivió una experiencia de

esa índole no necesita ningún tipo de sobresalto ni de gesto inesperado, por más benévolo que éste sea. Me enfoca de nuevo con sus ojos celestes. Están casi transparentes, en parte por el humo que hay en la habitación (reconozco que esta vez fumé un poco más que Eduardo), en parte por el llanto reprimido. Hago de cuenta que no lo noto, toso y miro el techo, sigo tecleando, a un ritmo lento, sé que eso le gusta. Espero, mientras prendo un cigarrillo y le ofrezco la cajita. Eduardo toma uno, lo enciende y lo contempla sin decir palabra. Un eterno minuto después, su voz me sobresalta.

“Así se quemó su cabeza, así se quemaron todos, y mi hijo con ellos. No tuve otra opción, no me dejaron alternativa, se me vinieron como una avalancha, gemían como animales salvajes que están siendo torturados. Querían mi sangre, mi cuerpo, querían verme morir. Y no pude hacer otra cosa. Presioné la bocina del coche tan fuerte que permaneció sonando todo el tiempo. Corrí hasta la parte trasera del camión y abrí las puertas. Adentro había un bidón de nafta. Levanté una frazada y descubrí otros diez bidones, por lo menos. Los destapé uno por uno y los lancé a la multitud que aferraba sus oídos, detenida a unos veinte metros de donde yo estaba. El rostro de mi hijo volvió a mirarme. Me miraba con dolor, pero chillaba como todos ellos lo hacían, era un sonido desesperante, enloquecedor.”

Se toma las orejas como un chiquillo. Eduardo todavía no puede controlar ciertas recaídas y sigue bajo vigilancia, aunque ahora no veo a nadie alrededor. El menor error puede mandar a este hombre a la cárcel, pues la justicia lo acusa de

homicidios múltiples y no confía en la declaración del psiquiatra ni en las escasas y dudosas pruebas encontradas en el lugar de los hechos. Yo sí le creo, por eso estoy acá.

Ahora lo observo y parece excitado, entusiasta, casi como si el orgullo tiñera su anterior expresión de culpa y vergüenza. Ahora parece un hombre totalmente en sus cabales, un hombre exaltado pero perfectamente normal. Me mira fijo a los ojos y en los suyos, celestes, ya no hay transparencias, ahora encuentro oscuridad. Va a hablarme de la muerte.

“Encendí algunos fósforos y se los lancé. No fue fácil, por Dios que no lo fue. Mi propio hijo estaba de aquel lado, mi propio hijo que me observaba suplicante, como si yo pudiera haberlo salvado del demonio que llevaba dentro. Estaban todos malditos. Estaban todos condenados. Yo solo ayudé al Señor a cumplir con su castigo. Yo solo salvé sus almas.”

Los ojos se le enrojecen y los posa en mí. Veo ira en ellos y desequilibrio mental. El menor error, como dije, puede mandar a este hombre a la cárcel y a mí a la morgue. No veo guardias y su mirada comienza a incomodarme. Con alivio, vuelvo a oír su voz:

“No me tema, no soy un asesino, a usted puedo confiarle mi secreto: soy un Salvador, salvé esas vidas condenadas al Infierno, salvé sus almas del pecado. Perdí a mi familia y a mi pequeño David con ellos, pero cumplí mi deber. Yo sé lo que le digo, se está mucho mejor del otro lado, ojalá pudiera yo

encontrar una vía de escape, pero a mí la plaga no me alcanzó, yo...Me salvé.”

Lo miro sin atreverme a formular la pregunta que arde en mis labios. La contengo lo más que puedo, hasta que, por fin, se va. Entonces me oigo repetirla en voz alta, casi sin querer. Más tarde, sombrío, me responde.

“No sé porqué, hijo. Soy inmune, quizá. O corrí demasiado rápido. La verdad, es que pienso que nací para detectar esa plaga, pero no puedo contraerla, ¿extraño? No. Por cierto, ahora que te estoy viendo más en la luz...”

El sol se filtra un poco por las ranuras de la tela de las cortinas. Encuentro su rostro cerca del mío escrutándome el cuello y los brazos. Vuelve a posar su mirada en mis ojos, lo que veo en ella es espantoso, es como vivir todo eso que él contó en carne propia; es una pesadilla. Lo oigo entre suspiros que no sé si son suyos o míos.

“Sí, hijo, vos también. Por suerte uno cuenta con armas para salvar su pellejo, yo siempre fui muy intuitivo y me gusta hacer justicia cuando se debe. No puedo creer no haberte visto antes las marcas, y ese olor pestilente. Debe de ser un brote espontáneo, pero me di cuenta a tiempo...No te va a doler, es la entrada al Paraíso...”

Miro incrédulo mientras me rocía con el líquido de un frasco que saca del bolsillo. Tardo en reconocer el olor a nafta. Me quedo atónito y no puedo moverme, su mirada me domina,

posee un poder inmenso y espeluznante. Me levanto de la silla y retrocedo. Miro mis manos y no tengo ninguna marca. El espejo de la pared me muestra mi mismo rostro de siempre, no hay hongos sangrantes, ni ampollas purulentas, ni nada por el estilo. Miro mis zapatos y una llama atraviesa mis ojos. Ahora veo a Eduardo acercándose con una sonrisa calma en los labios y un cigarrillo, y la caja de fósforos que dejé en la mesadfss

Kaput.

La oscura cárcel del olvido

(2004)

Ilustración:

Florencia Sánchez



A.

Me tiraron a mí y a unas cuantas más al suelo que olía a humedad y abandono. Pude oír una puerta metálica cerrarse y noté que mis muñecas se habían liberado. Al quitarme la tela húmeda que me cegaba, descubrí que estábamos dentro de un calabozo de grandes dimensiones y frente a mí se levantaban unas rejas oxidadas. Miré alrededor: había por lo menos cinco mujeres más adentro, conmigo. Solo dos me resultaban familiares. Inexplicablemente, no podía fijar lo suficiente la vista en las demás como para distinguir sus rasgos. Estaba mareada y desorientada y veía todo en una nebulosa. Contra una de las paredes se apoyaban numerosas vigas de madera y escombros; en una de las esquinas había una montaña de paja. Divisé el baño, pequeño, casi diminuto, en la esquina más alejada de la entrada. La puerta estaba a medio abrir. Antes de que pudiera incorporarme, desde la parte trasera de la celda, donde descubrí que había un corto pasillo sin salida, en penumbras, se elevó un gruñido que precedió a la aparición de un ser de

proporciones extraordinarias. Una especie de hombre malformado o exagerado: medía por lo menos dos metros, en su rostro y partes de su cuerpo la carne estaba al descubierto, del cuero cabelludo le colgaban escamas y unos pocos cabellos blancos. Contemplé uno de sus ojos resbalar de su lugar hasta que él lo volvió a empujar hacia su cuenca con un dedo torpe. Se acercó hacia nosotras balanceándose, articulando palabras indescifrables y emitiendo intermitentes sonidos guturales. Sus brazos se elevaron como en un abrazo y me miró directamente a los ojos desde casi un metro de distancia. Nada más. Inmenso y salvaje recortado contra la oscuridad del recinto, inmóvil. Su boca escupió saliva cuando el garrote le golpeó la nuca. Me hice a un lado y cayó con un golpe seco al suelo donde yo había estado sentada unos segundos antes. La mujer que lo había golpeado arremetió contra él, aplastando su cabeza con la madera, histérica y sollozando, hasta que el cráneo no fue más que un ensangrentado cuerpo sin forma. Contuve las náuseas y le quité el garrote de

las manos. La abracé y le pedí que se calmara. Se aferró a mí y me besó los labios. De golpe, no tuve muy claro quién era ella, sus rasgos mutaban a gran velocidad y continuamente. Era una mujer de cabellos oscuros y ondulados, como la que había visto al principio y, al instante siguiente, era un hombre pálido con barbas crecidas y volvía a transformarse de nuevo y otra vez. Di un paso atrás y sacudí la cabeza. No lograba enfocar el rostro de mi salvadora. Lo único que veía a la perfección eran las gotas de sudor que recorrían su piel transpirada.

B.

Salvador Ortigas es el nombre que le puso su madre. El niño que se crió entre marinos y piratas, licores y tormentas, soledad y lejanía constantes, es el hombre que recorre ahora las calles de un perdido barrio bajo con un chaleco hasta el suelo que exhibe numerosos agujeros y huellas de polillas. Huele a humo y a ron barato. Un pequeño mono lo

sigue de cerca y, de a ratos, serpentea por su cuerpo. El hombre lleva la barba mal cortada y el cabello húmedo y desordenado hasta los hombros, con el que el mono juega de vez en cuando. Su diente de oro brilla cuando sonrío. Sonrío todo el tiempo. Su andar es rápido y tambaleante, incluso ahora que aún no está alcoholizado. Entra en un bar, el de siempre, y se sienta frente a la mesa del centro del recinto, como siempre. Llama a gritos a Emilia, sin dejar de reír. Emilia es la mujer enorme y burda detrás de la barra. Está preparando su té. Al fondo, el viejo reposa en su sitio preferido de todos los días, el rincón más oscuro del bar, con la botella en una mano y el tabaco en la otra. Viste su acostumbrada y sucia camiseta que alguna vez fue blanca y mira con aire ausente al único cliente que acaba de entrar acompañado del maldito mono que odia. No emite palabra, nunca lo hace. Emilia emerge de la cocina canturreando con algo en sus manos. Es una especie de cebolla verde que descascara con un cuchillo sin filo. Salvador sonrío y los ojos le brillan casi tanto como el diente. La mujer extrae un par de láminas de la extraña planta y las coloca sobre la mesa, al lado del mono que chilla

desafinado. Emilia no habla, ni siquiera cuando Salvador le grita bromas y ríe a gritos. A veces pasa. Entonces, ella le da la espalda y camina de vuelta hacia la barra para servir el ron a su cliente. Pero antes, echa algunas de las hojas semitransparentes a la taza de agua caliente que le pertenece. Respira profundamente ese aroma que se nota que ama y cierra sus ojos, levanta la cabeza, grita un “¡sí! ¡sí!” con los brazos elevados al cielo y la sonrisa terrorífica en un asomo de locura. Lleva el vaso canturreando hasta la mesa donde Salvador está encendiendo el cigarrillo que acaba de armar. Las misteriosas láminas esmeraldas ya no están. Se termina el ron de un trago y ríe de nuevo. Cuenta chistes groseros al aire y golpea la mesa con emoción. Fuma y suspira. El mono chilla.

A.

Había un hacha detrás de unas maderas del calabozo. Cortamos en pedazos el cuerpo del repugnante ser y lo pasamos por entre las rejas (que

eran bastante espaciadas, curiosamente, quizás tanto que podría pasar mi cuerpo con facilidad) y lo empujamos lo más lejos que pudimos. El olor que emanaba era repulsivo. Mirando a través de los barrotes descubrimos que la cárcel estaba repleta, que la nuestra era la última celda de un largo pasillo y era la única donde había mujeres. Más tarde, supimos que también era la única donde había humanos. En cada una de las demás celdas se encontraban diferentes exponentes de la especie de nuestro atacante, y otras. La variedad era tan asombrosa como aterradora, por lo menos veinte de ellos en cada celda. Decenas de seres que nos observaban con bocas abiertas, derramando saliva, gimiendo y aullando hambrientos de carne, o de algo peor. Fue entonces cuando entendí porqué no significaba nada la amplia separación de las rejas; nadie escaparía por ese pasillo, por lo menos, ninguna de nosotras.

B.

Salvador sale a contemplar el nebuloso atardecer. Luego de recorrer la costa mansa, entra a las calles. Las viejas prostitutas lo saludan desde la vereda de enfrente, llamándolo entre risas mientras le muestran los muslos. Salvador les sonríe y sigue su paso. Los vagabundos, los que revuelven la basura y aquellos que ya consiguieron su cuota de vino y descansan contra alguna pared, lo saludan con énfasis. Salvador les sonríe y sigue su camino. Llega por fin a la esquina donde está sentado el apostador del barrio frente al escritorio maltrecho que hace las veces de mesa de juego. El mono se sube al mueble y el viejo lo empuja de un manotazo. Mira a Salvador antes de tomar un trago de su botella de ginebra y comienza a mezclar los naipes. Juegan durante horas. Salvador relata una y otra vez sus aventuras en alta mar, como para la audiencia, cuenta fabulosas experiencias que vivió como marino y otras tantas de su vida de pirata, mientras fuma su hierba. Se trata de un extraño fruto que una vez encontró en una isla de América

Central, cuenta. Aquella noche, junto a su tripulación, aspiró el humo del espécimen quemado. Su aroma lo enamoró por toda la eternidad. Su nombre le era desconocido, pero Salvador la llamaba “la cebolla de la sonrisa”. Título que precedía la carcajada. La primera vez que entró en el bar de Emilia, percibió su inconfundible perfume con profunda alegría. Le pidió a la mujer que le alcanzara algunos gajos de la planta, exhibiendo unas monedas de oro extraídas de su tesoro (el mismo que le valió su estadía en el barco que abandonó con el orgullo caído pero los bolsillos llenos), las cuales disiparon al instante la expresión de disgusto del rostro de la vieja, para dejar paso a una sumisa mueca complaciente y refulgentes ojos de víbora al recibirlas en sus manos gordas y ajadas. Salvador se armaba su cigarrillo preferido por primera vez en muchos años. Emilia, le confesó, posee una cosecha personal en su patio y Salvador acostumbra fumar ahí, jugando su partida de cartas, desde aquella noche.

A.

Esa noche no dormimos. Al principio, porque el insomnio acechaba; más tarde, el terror. No tengo conocimiento preciso de la hora que sería pero, al observar el cielo a través del tragaluz cerca del techo, deduje que era ya de madrugada. Oímos una especie de marcha, un temblor que se aproximaba por el pasillo. Eran ellos, todos ellos, que venían por nosotras, con sus bocas babeantes y sus ojos desencajados, aullando y riendo como bestias, empujándose y cayendo algunos al suelo. Llegaron hasta las rejas, las golpearon, las empujaron, las torcieron y rompieron con sus propias garras. Busqué los fósforos que sabía, de repente, que tenía en mi bolsillo, encendí uno de los que no cayeron al suelo y lo acerqué a una de las antorchas que habíamos improvisado por la tarde valiéndonos del heno y las maderas. La llama creció. Hicimos lo mismo con algunas otras y las lanzamos contra las bestias. Los primeros absorbieron el fuego y su piel y su carne se

descascararon. Caían al suelo como árboles incendiados gimiendo de dolor. Sus cuerpos se derretían emanando un nauseabundo vaho a muerte precoz. Los demás dieron un paso atrás con gestos de sorpresa y miedo. El fuego los vencía. Sus ojos expresaban debilidad y disculpas, como si no hubiesen querido molestarnos realmente. Nosotras observábamos la masa inerte en silencio. La entrada de la celda estaba en llamas y fueron disipándose. En el suelo, algunos restos todavía ardían. Logré conciliar el sueño mientras contemplaba el menguante fuego, no sin una leve sensación de seguridad.

B.

Salvador volvía al bar esa tarde. Un nuevo ron, un nuevo cigarrillo. Había días -como éste- en que Emilia tenía ganas de dialogar. Entonces se sentaba con él a la mesa, con su té entre las viejas manos, y conversaban durante horas: de lo cansada que ya estaba ella de tener un vegetal borracho

como marido, de trabajar todo el día en ese inmundo bar vacío, de lo desagradable que era la sociedad, de las frustrantes y opacas expectativas de futuro que les daba la proximidad del siglo XX, y de lo injusta que resultaba la vida para la gente luchadora. Emilia descargaba sus broncas y Salvador intentaba apaciguarla con algunos toques de humor, aunque nadie lograba apaciguar a Emilia...con nada. Ni siquiera Salvador. Salvador que nunca se quejaba. Salvador que reía constantemente y fumaba...y fumaba...

A.

Cuando desperté, oí unos gritos que me parecieron humanos. Las demás, todas despiertas (seguramente la mayoría ni siquiera habría logrado dormir), observaban cerca de la rejas las cenizas y el humo, y un agujero enorme. En el pasillo, yendo de un extremo al otro, caminaba un hombre de aspecto desgarrado, ropas oscuras, cabello desprolijo. El individuo estaba exaltado, podría

decirse que furioso, de no ser porque su sonrisa resplandeciente no desaparecía. Insultaba y vociferaba reproches a los demás presos, los mutantes que eran nuestros vecinos. Golpeaba con un bastón sus rejas y les amenazaba con prenderles fuego los pantalones. Reía como un loco cuando los lamentos guturales se acrecentaban. Se acercó hasta nosotras y sonrió, esta vez con simpatía, dejando ver un diente dorado en su boca. Nos dijo que no se repetiría lo sucedido, que por desgracia lo de las rejas no se podía solucionar por el momento, pero que ya haría algo al respecto. Nos llamó “damas”. En esta época (y en ninguna otra) nadie llama así a las prostitutas. Aunque, la verdad, es que no sé muy bien qué época es esta, ya que he perdido bastante la noción del tiempo y el espacio fuera de la que existe en este recinto. Y, en realidad, aquí no existe tal noción pues, a través de esa ventana, solo veo una noche constante, sin estrellas ni luna, oscuridad completa, negrura y vacío total. Volví a mirarlo a él. Era increíble. Brillaba en mi campo visual. En sus ojos rojos

habitaba una dulzura peculiar. Un halo gris lo perseguía, se desprendía de él un humo extraño pero esto, lejos de atemorizarme, me resultaba encantador. Asimismo, lo era su voz bramando: “Soy el salvador, los salvé a todos de una vida. ¡Soy el salvador!”, los miraba a todos. A mí nunca. Antes de marcharse, echó llave en todas las celdas del pasillo, repitiendo sus amenazas una y otra vez, diciendo que nunca hubiese deseado tener que acudir a esos métodos de encierro tan extremos, que las damas debían ser respetadas, que le resultaba repugnante tal comportamiento. Golpeaba su bastón contra el suelo, las rejas, los muros. Se fue y su brillo desapareció con él. Fue entonces cuando descubrí que el humo estuvo siempre en el lugar. Todo el tiempo.

B.

Salvador nunca se acercaba a las prostitutas, no por desprecio sino por un extraño sentimiento de tristeza que siempre le habían causado. Salvador no

se acercaba a ellas. En cambio, bebía vino junto a los vagabundos cada noche y pasaba horas jugando a las cartas con el viejo decrepito de la esquina. Dormía muy poco y casi nunca por la noche. Sus sueños no le gustaban. Rara vez se veía a sí mismo dentro de ellos, pero cuando lo hacía, los controlaba a la perfección. El resto del tiempo lo perturbaban; las voces que en ellos gritaban y gemían le enloquecían. Pero, casi siempre, los olvidaba pasada la media hora de vigilia. En el bar pasaba la mayor parte del tiempo, bebiendo, fumando y hablando con Emilia, que solo a veces lo escuchaba. Su vida era simple: no trabajaba porque el oro que habría hallado quince años atrás, en una isla poblada por salvajes que casi le arrancan la carne, le había bastado hasta entonces para subsistir. Teniendo en cuenta que Salvador no tenía ni el deseo ni la esperanza de alcanzar una edad mucho más avanzada de la que tenía ahora, es decir, no creía llegar a verse envejecer en el espejo (pensamiento que surgía un poco de su orgullo y otro de sus dudas respecto las probabilidades de

supervivencia actuales); tenía la certeza de que el contenido del cofre escondido en su habitación le sobraba para el resto de su existencia. Un brillante y pesado tesoro. Recordaba a la perfección aquella expedición. Solo él escapó con vida, o eso había creído entonces. A los demás los quemaron vivos en una inmensa olla de barro. A Bautista, no lo suficiente. Lo volvió a encontrar años más tarde, cerca del pueblo. El rostro quemado, los ojos desenchajados, la ira y la venganza latiendo en sus venas de hombre de antigua raza. Entonces, Salvador no estaba solo, algo llenaba su vida, pero él no lo recuerda; la felicidad parecía instalada en su alma, pero él no recuerda. Ni siquiera recuerda el comienzo de su depresión, el primer paso errante que dio y lo convirtió en el vagabundo que siempre fue en su memoria. Hay algo anterior a su presente, pero él no lo sabe, no quiere conocerlo, aunque a veces la curiosidad, la necesidad de saber sea monstruosa. Salvador no comprende su profunda y oculta desdicha, su soledad, su vida. Salvador solo sueña.

A.

Igualmente, ninguna de las noches fue tranquila en nuestra celda. Nos turnábamos para vigilar la entrada que habíamos cubierto con maderas y escombros. Tratábamos de no usar los fósforos porque eran demasiado pocos. Nuestros alimentos llegaban por uno de los huecos entre las piedras, pero quien los traía no dejaba ver su rostro. Yo sabía que era él, sentía su aroma a hierba y el constante chisteo de su lengua contra el paladar siguiendo algún ritmo que desconocido para mí, pero siempre se trataba de uno diferente del anterior. Presumía que lo hacía sin darse cuenta, se notaba que intentaba guardar silencio. Pero yo siempre lo oía. Tenía la imagen de su rostro grabada en mi mente, como viéndolo a través del agua. Era extraño, pero siempre lo veía de esa manera (el término “siempre” significa exactamente eso, dada la condición del tiempo que rige aquí y mi escasez de memoria sobre hechos sucedidos afuera; creo haber mencionado ya la anormalidad temporal de este sitio): como detrás de unas burbujas. Lo peor de

estar acá es que nunca oigo el canto de un gallo, ni de un pájaro, ni de un grillo; ni siquiera puedo guiarme por la luz del amanecer para saber si es el mismo día que ayer o uno nuevo, porque ninguna luz, excepto la de la constante e inmutable luna llena, se filtra por esa claraboya. El tiempo transcurre solo en apariencia y lo único que hace pensar que está presente es la sucesión de los hechos. Todo es igual a través de la ventana, invariable, sin nada que me demuestre que realmente ha pasado el tiempo entre el ahora y aquella primera noche, excepto por los episodios aquí dentro, por cierto, escasos.

B.

Salvador camina sin rumbo. Había fumado más de la cuenta y sus sentidos se alteraron en exceso. El insomnio lo había llevado, una vez más, a vagar durante toda la noche. Ahora iba lejos del camino de siempre. Sus pasos lo llevan al bosque con mil imágenes en sus retinas. Imágenes que no

existen o, mejor dicho, imágenes que habían sido reales mucho tiempo atrás, tanto que su memoria no logra identificar. Un rostro brillante, una mujer, su falda amplia arrastrada por el barro. Un hombre llevándola colgada sobre los hombros. Un hombre de aspecto animal, un chacal hambriento. Ultraja el delicado cuerpo frente a un joven Salvador que observa en silencio. Le desgarras las vestiduras y lo golpea casi hasta la muerte. Luego lo lanza a un lago de aguas cristalinas, donde descansará eternamente marchito por la infamia del crimen. Y el hombre se va. Se va y Salvador debe seguirle si quiere continuar respirando a la mañana siguiente, pero antes, con lágrimas en los ojos, con el pecho contraído, con furia y tristeza mezcladas en su mente, se acerca a la orilla y contempla el cuerpo violado, la piel de palidez creciente, el rostro inerte, los ojos verdes abiertos escrutando el cielo, la juventud de sus rasgos, la inocencia de su espíritu, yaciendo en el arroyo decorado de sangre. Pequeñas burbujas brotan de sus labios abiertos. Aún no ha muerto. Salvador descubre que los ojos

lo están observando, lo observan sin expresión, sin culpa ni reproche, sin tristeza ni perdón, apenas con un dejo de amor silencioso. Lo observan a través del agua y se hunden lentamente hasta desaparecer por completo. Salvador sabe que una parte de su vida se hunde con esos ojos, quizás la mejor parte. Esos ojos que ahora habitan en lo más profundo de él , esos ojos que no dejará de ver nunca.

A.

Esta noche, por llamarla de alguna manera, sentí un olor acre y repulsivo, estaba por todas partes. Me resultaba familiar, pero no logré vislumbrar del todo a qué me remitía, solo sombras. Sí sentí una soledad inmensa que ese perfume infame logró intensificar. Por momentos mis compañeras me parecen unas simples figuras de relleno, sin existencia propia, nada más que imágenes sueltas, siluetas huecas. Preferiría que ni siquiera estuvieran, preferiría estar sola por completo, por lo menos para no tener que lidiar con

ilusiones, con fantasmas. Sola. Excepto por ese hombre que aparece dando gritos en el pasillo y golpeando el bastón incesantemente. Ese hombre que también se desliza silencioso en la oscuridad para acercarnos el alimento y el agua, sin otro sonido más que el chisteo inconsciente de su lengua contra el paladar. Ese hombre con el que sueño en los pocos momentos en que logro dormir, de una forma muy extraña, muy real, como si todo alguna vez fuera a suceder, o ya hubo sucedido en algún pasado que no puedo identificar. Sueño con su amor... Acá dentro la niebla es cada vez más abundante y las bestias gritan desahoradas sin detenerse ni por un instante. Algo se acerca, al parecer, pero para mí, todo sigue igual desde que estoy acá, como en un sueño, en un mundo ajeno, en ningún lugar real...

B.

Salvador empuja la puerta de madera y la deja caer al suelo. El lugar apesta a abandono y a

humedad. Entra, silencioso. Su mano empuña el alfanje que sostiene el cinturón. Sus ojos están muy abiertos y descubre con desconcierto que su boca produce un chisteo con la lengua. Sonríe para dejar de hacerlo, es la única forma. Sonríe y camina en la búsqueda. La oscuridad apenas le permite distinguir un enorme cuerpo postrado en un sillón, a unos cinco metros. Una voz profunda lo saluda con sarcasmo y confianza. Se pone de pie. Sus ojos negros reluciendo en las penumbras se fijan en los de Salvador y su boca se abre en una estridente carcajada. En su mano lleva un puñal, desliza el dedo índice por la hoja de acero y se silencia su risa. Salvador saca su alfanje, se miden con la mirada y comienza la lucha. Se entrecruzan sin tocarse los filos de las láminas con velocidad y cólera. Golpes, amenazas jadeantes, odio ancestral. El hombre es enorme pero Salvador está furioso. Se pasean en círculo, se observan con rabia, se buscan el punto justo por un momento hasta que un relámpago atraviesa el aire denso. Alguien gime y su cuerpo se dobla. El gigante retira su arma del

interior del vientre de Salvador, mientras ríe como un animal, dejando ver los huecos de sus encías, la deformidad de sus labios, el reciente corte bordeado de sangre en su mejilla incinerada, el cual parece no afectarle en lo más mínimo pues su carcajada es cada vez más sonora y estridente. Se pasa la mano triunfante por las costras de su cabeza cuando el acero traspasa fugazmente su cuello y su brazo. Ni siquiera grita. La cabeza vuela hacia un rincón de la habitación a oscuras. Su cuerpo se desploma con un ruido seco, mientras del lugar donde hubo un cuello fluye la sangre interminablemente. Salvador corre con una mano en su vientre, en su herida sangrante. Corre hacia la luz tenue del atardecer, que lo encandila por un instante. No se detiene, quiere llegar. Corre a través del bosque, se está muriendo.

A.

Ahora mismo, algo está sucediendo. Ahora sí puedo decir que lo siento. El olor acre se hace

más intenso, el humo se disipa pero muchos ecos llegan a mis oídos, voces lejanas, incomprensibles. De repente, sé a la perfección: sé que no sé quién soy ni dónde estoy. No sé quiénes son las personas que me rodean, no veo más que sombras en ellos, sombras difusas que no reconozco. No tengo memoria en absoluto y soy consciente de eso. Siento una confusión desesperante, abrumadora, que me oprime el pecho y me sofoca y, a la vez, me libera, como una epifanía. Me asomo a la puerta del pasillo y veo que todo se está desvaneciendo lentamente: las rejas, las celdas, los seres, el suelo mismo, el espacio por completo. Una de las bestias me observa inerte y me genera escalofríos. Sus ojos negros me aterran, los conozco de alguna vez, pero, ahora, se desvanecen, desaparecen con él, con el resto de todo. Mis compañeras se desmaterializan también, las maderas y los escombros, el tragaluz allí arriba y, cuando por fin veo una luz distinta que se asoma, mis propios pies se funden en la nada. Las rodillas, el abdomen, el pecho. El vacío se adueña de mí. Siento una paz perfecta. Hay

burbujas y un cielo. Hay unos ojos que me resultan familiares...

B.

Salvador está bajo las aguas del arroyo. Las aguas desparraman su sangre fluyente. Tiene los ojos fijos en el firmamento, esta vez no están enrojecidos y ven todo muy claro, sin humo. En su boca, brilla un diente de oro. Sonríe para detener el chisteo de su lengua contra el paladar. Salvador siempre sonríe.

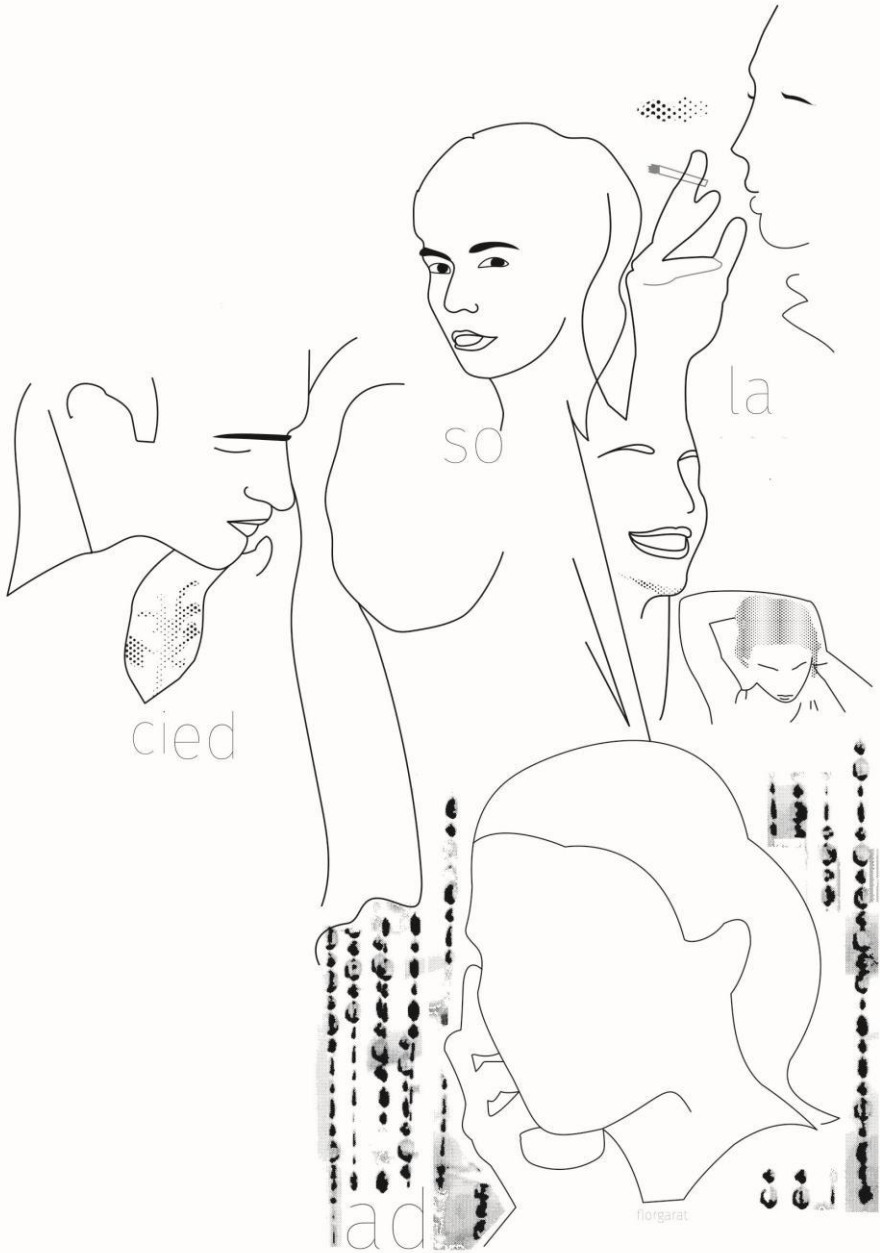
Kaput

La sociedad

(2005)

Ilustración:

Florencia Garat



Formaba parte de la Sociedad hacía muy poco tiempo. Admito que no comprendía del todo las ideas de la organización pero la ferviente atracción y una vehemente curiosidad me mantuvieron en mi silla durante los tres meses en los que acudí a las reuniones. Ojalá hubiesen sido menos. Uno no conoce las estrategias que tiene el porvenir para decirnos ciertas cosas, una es humana.

En las primeras veladas ceremoniales a las que me convocaron bailé con Gabrielle, la que fuera el cerebro femenino de la Sociedad, pues, según la Teoría, hombre y mujer son dos lados de la misma entidad, considerados de un mismo nivel y capacidad, por lo que siempre debía haber participación de ambos, aunque ésta era una condición más difícil de ser aceptada entre las mujeres. Cuento estos detalles, a pesar de ser mujer, porque el género femenino no debe malinterpretar este papel asignado, simplemente, se trata de la realidad a la que se refiere la Teoría y tiene mucho más de positivo que de negativo, lo

cual no existe, según dicha Teoría, más que en nosotros mismos (le llaman Mekaki).

En definitiva, bailé con Gabrielle en una de las cenas improvisadas por el grupo. Siempre me había atraído su silencioso y sabio porte. Dentro del Espiral no había posibilidad; la idea concebida del amor nos desechaba entre nosotros mismos como posibles destinatarios de afecto. Solo podíamos abordar la idea de familia con individuos externos al Espiral, si es que lográbamos hacerlo. Ella me atraía. El problema era con Él, con la atracción que también Él ejercía, el absoluto falso ideal, poseyendo todo lo que se pudiera buscar en un hombre, todo lo que yo habría podido buscar en uno. No malinterpreten la expresión: según la Teoría, hombre y mujer son atraídos por ambos géneros por igual, aunque la distinción fallida de sexos complica con prejuicios bárbaros esta simplicidad. En definitiva, mi ser más sentimental - por llamarlo de alguna manera- se sentía en el centro de estas dos personalidades que, cabe

aclarar, producían el mismo efecto entre todos y cada uno de los miembros de la Sociedad. Esto resultaba más que obvio para quien lo mirara desde, por ejemplo, mi posición de afiliada reciente, pero parece increíble pensar que ellos no sospecharan siquiera que esto podía estarles sucediendo. Realmente creían que la Teoría *per se* lograba tanta fascinación en los demás miembros como en ellos mismos. Eran tan ingenuos, a pesar de la grandeza de sus espíritus, como para pensar que quienes los rodeaban tenían la misma visión de las cosas, pero no todos estamos más allá del bien y del mal. Bailé con Gabrielle esa noche y su perfume a piel limpia me embriagó. Deseaba que me susurrara con su elocuencia una a una todas las palabras que había dicho en la última reunión, quería que me describiera el aspecto que el cielo debía de tener ahora detrás del techo infame que nos apartaba de él. Deseaba que riera, o respirara un poco más fuerte, aunque sea. Deseaba oírlo para grabar en mi memoria sus sonidos, en un *cassette* diminuto y secreto, en el fondo de mí ser.

Pero no hubo mucho tiempo para nosotras, me besó en la mejilla y se fue hacia el baño. Quise correrla pero no era un comportamiento digno de un miembro de la Sociedad, así que la seguí con la mirada mientras encendía el cigarrillo que alguien me convidaba. Gabrielle tenía la astuta costumbre de huir en los momentos que más requerían su presencia. Esto, por supuesto, sucedía en los casos en que se tratara de algo que a ella mucho no le interesaba, nunca con asuntos relacionados a la Sociedad. En esos casos, era la única que permanecía hasta el final de toda discusión y la que se llevaba la última palabra en su lista de triunfos. La Sociedad representaba para ella la única razón para entablar discusiones, diálogos o hasta para escribir poesía. Esa noche me sentí poca cosa para ella y eso, a pesar de ser un dato que ya conocía de antemano y el cual no resultaba del todo ofensivo -dada la magnitud de su persona-, me provocó una creciente depresión y la necesidad de autodestruir algo de mí misma. Entonces, apareció Carlos en la noche fría y descorazonada. Me tendió

un cigarrillo y tardé en verlo a mi lado. Me ofrecía el fuego de su encendedor y el calor de su sonrisa encantadora. Tenía la costumbre, si no era la obligación, de consolar a aquellos miembros que veían rotas sus esperanzas con ella, con La Mujer. Era bueno en su trabajo, eso lo descubrí más tarde. Carlos era un amante experto y un orador de primera categoría. Me arremolinó en su consuelo durante el resto de esa noche, me llevó a dormir entre sus brazos, en su propia cama, y hasta me hizo sentir adorada. Al día siguiente, el contacto se limitó a un “Hora de irnos”, pero siempre terminaría en eso.

Por fortuna, puedo decir que no terminó del todo. No tengo el ego elevado pero reconozco cuando impresiono a alguien. A Carlos lo impresioné. Y me amó a partir de ese día. No me di cuenta de que esta situación podría complicar mi participación en la Sociedad, pero si lo hubiese sabido, tampoco habría hecho nada para modificar las cosas. A veces, retroceder solo empeora la realidad y te hace más cobarde. Eso lo había

aprendido mucho antes de conocer a Carlos. Pero él era el cielo, sus brazos cubrían mi cuerpo - minúsculo a su lado- y me susurraba largos discursos mirándome a los ojos. Tenía convicción, por eso lo habían elegido tiempo atrás como el vocero de la Sociedad. Su estrecha relación -sobre la que nunca tuve mucha información y no me interesaba tenerla- con Gabrielle y Él, desconocido, inaccesible, se había afianzado en los últimos tiempos y era el único de los miembros invitado a los debates secretos entre los dos pensantes, una especie de testigo mediador y registro de lo discutido, una mano derecha de ambos cuerpos a la vez. Pero ahora estaba yo y eso entorpecía todo. El ser humano se inutiliza cuando forma parte de una relación que conlleva el más mínimo sentimiento, sobre todo al principio. Así que -había entendido sin que tuvieran que informármelo- debía retirarme. Sin embargo me resultaba impensable. Mi atracción por Gabrielle crecía día a día y ella lo registraba continuamente con el rabillo del ojo. Carlos era el paraíso resumido en un abrazo, pero Ella era letal y prohibida y ajena. Era lo que quería desde siempre, por eso no podía creer del todo lo que pasó en el baño de la cena del mes siguiente.

Carlos me balanceaba en sus brazos como a una niña muy frágil y me besaba el cuello. Yo lo tocaba -en nuestros

bailes se permite el contacto íntimo, siempre con vestimenta, pues nadie tiene por qué soportar la desnudez ajena- y gemía en su oído. Por una suerte de inercia fui hasta el baño. Mientras el espejo me devolvía un rostro perdido, la puerta se abrió y su figura se posó detrás. En el reflejo, vi el rostro de mujer que más amaba en el mundo y no dije nada. Me voltee y se acercó en silencio. Nos besamos y sentí su presencia en todo mi cuerpo, desesperada y enferma. Al salir, las miradas no necesitaron enfocarse en nosotras para perseguirnos. La Sociedad se estaba derrumbando y se olía el polvillo en el aire. Así de frágil era todo. Los ojos de Carlos habitados por la ira no me miraron hasta que entramos a mi casa. Una vez allí, me hizo

el amor dulcemente, como siempre, y se durmió abrazándome.

Al día siguiente no hubo reunión. Ni durante toda la semana. Nunca más volví a ver a Carlos. La última vez que fui a buscarlo un grupo de personas llevaban muebles nuevos al departamento. A Gabrielle la vi de lejos una vez, o me pareció verla, en un mercado de los suburbios, atendiendo el sector de panadería. No sé si me vio y yo apenas la reconocí, su rostro estaba lleno de moretones y cortes, sus ojos apagados. Ayer leí en el diario que la familia de Carlos reclama por el asesinato impune de su hijo, sospechan la existencia de una agrupación secreta. Acaban de hablarme de la Sociedad para decirme que la nueva Mujer soy yo. Él me lo dijo y su voz es encantadora.

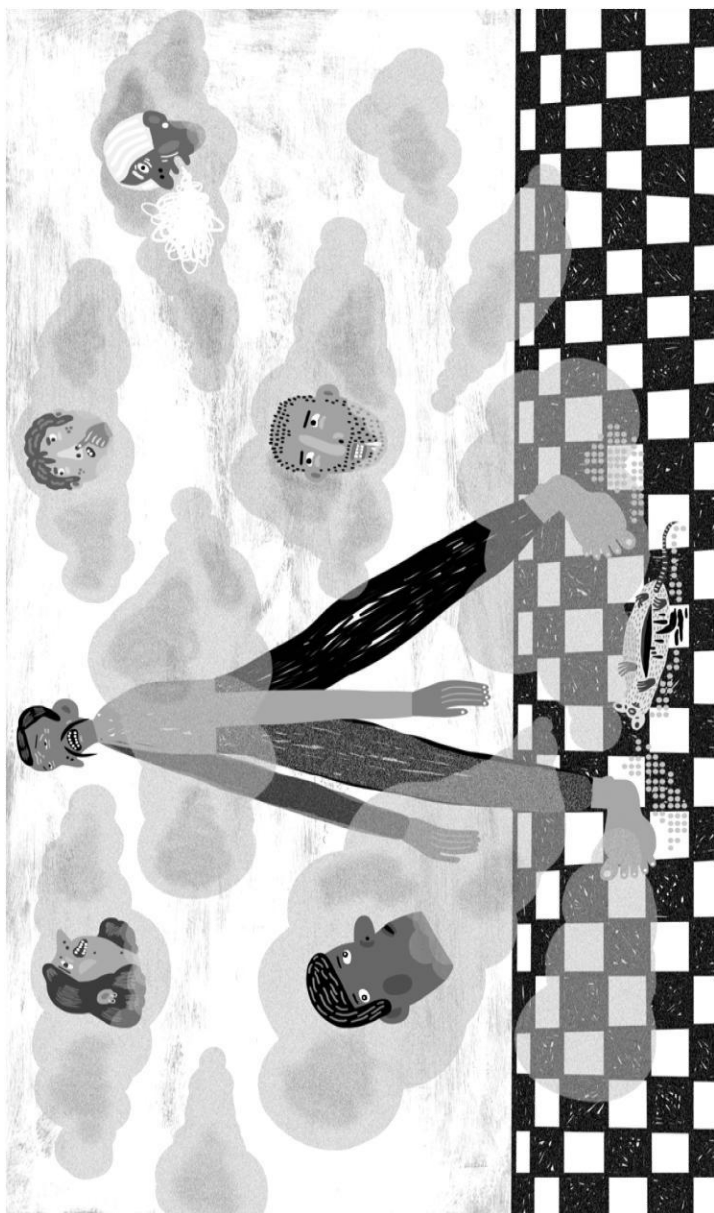
Fu-manchú

(2006)

Ilustración:

María Victoria

Rodríguez



Cada día, Fu-manchú se levanta de la cama, atraviesa la puerta entornada cual desgarbado autómeta y aterriza en el baño -a cincuenta metros de distancia- silbando la misma melodía fluctuante. Me pregunto a veces cómo mantiene el equilibrio sobre sus largos zancos y me divierte observarlo ensayar. Una inolvidable vez lo vi caer: se torció paulatinamente hacia uno de los lados hasta estrellarse al fin contra el suelo. Fingí no verlo para no incomodarlo, pero lo cierto es que la secuencia de su caída, lejos de resultar escena grata, simulaba formar parte de una gran comedia inconclusa; una suerte de síntesis patética que desafiaba tanto a la ley de gravedad como al modelo de vida más o menos digna. Habría que crecer más lento, Fu-manchú precipitado.

Funesto mediodía ese... algunos de nosotros nos asomamos al patio, más curiosos que alarmados: su silbido se había interrumpido, ningún sonido llegaba desde el interior sanitario. Nos miramos con sorpresa y no logramos emitir palabra alguna. En un momento, alguien se acercó a la

puerta pero no se atrevió a golpear. Una mujer llamó con voz ahogada pero nadie le respondió. Contemplamos perplejos el vidrio esmerilado, expectantes ante su resplandeciente estoicismo. El martirio falso viene y va. Pasó una hora hasta que Fu-manchú se dignó a abrir la puerta y delatar la continuación de su dudosa existencia. La ronda empieza.

*Sustituto sangriento, sacrílego. Sonríes sardónico
sentenciándonos. ¡Sentimos su solfa sibilina, su sinfonía
siniestra! Sacrificio sigiloso. Soberbio sismo...
¿somnolencia?*

Ahora, entre mates y bizcochos de tarde, ordenados en ronda frente a la misteriosa cueva azulejada, desconfiamos de este nuevo ser. Todos olimos a la Muerte, todos. Fue unos minutos antes, justo cuando el agua hervía, la hornalla disparaba fulgores desaparejos y ese hedor áspero crecía y crecía desde el baño. Inhumano. Y en eso, vimos un fantasma. Fu-manchú etéreo de mil vapores, se

desprende como un ángel de las nubes, no lleva sus alas pero puedo verlo abstraerse. Fu-manchú, espíritu al que le ofrezco un mate. Me siento a su lado y le pregunto qué cuenta. El bizco me mira y, al mismo tiempo, lo mira a él. Sé que no comprende pero no hay nada que comprender: una simple ducha de agua caliente le dejó la piel candente y los ojos aletargados. Buscaba el sueño. En la mayoría de los casos el mundo opcional parece más aceptable, aunque el ejemplo que ilustra este ser me resulte morboso.

Cabe subrayar el hecho más o menos significativo de que, al ingresar a la misteriosa escena, hallamos el cuerpo ensangrentado de una rata, detrás del inodoro, como machacada furiosamente. Faltaban sus tripas. Hecho curioso, dado que cada uno de los presentes visitó la instalación (sin, por supuesto, haber divisado el espantoso espécimen) justo antes de la religiosa entrada al mundo del vecino estelar. Descartando desde un principio la posibilidad del ingreso de algún ejemplar felino que hubiera podido concretar

tal carnicería (entre otras varias razones, por la ininterrumpida siesta canina desarrollada en un rincón estable de la terraza, imposible con cierto merodeador capaz de maullar en la zona); sería, entonces, alguno de los que me rodeaban el grotesco monstruo que se alimentaba con tripas de roedor.

...somos sabuesos sabedores. Sarna suave, salvaje servil. Siempre solitarios sacrificando santos. Seguimos sensata señal.

Seguimos...

Mil opciones surcaban mi mente y fue entonces cuando decidí tomar recaudos. Primero, debía definir mi posición ante el asunto. Podía idear un plan meticuloso dirigido a sorprender al ser extraño en plena actividad o, bien, resignarme de sospecha alguna y volver a confiar en el posible chacal. Dado que la vida, de por sí, nos habilita numerosas y constantes complicaciones, decidí fingir el olvido para no perder el tiempo y así poder

dedicarme a cebar mate y oírlos. A cada uno de ellos. Cada instante. Intentando comprender algo.

Lito Rial parece un crío abandonado. La resaca lo dota de una apariencia impresentable; la

que presenta todos los días. Cada, aproximadamente, siete minutos, un hilo de baba desciende por su barbilla hasta que lo vuelve a sorber o cae al fin. Por fortuna, hoy parece haberse cepillado los dientes, no tendré que recordárselo. Imagino los restos de órganos minúsculos adheridos a sus encías a pesar de la acción del dentífrico. Ser inhumano, vampiro de bajos recursos, especie de depredador sin control. Busquemos ayuda mientras cambiamos la yerba. La yerba que ronda.

Sublimación silenciosa sentada sobre susurros suicidas. Sin sentido [No tiene sentido]. Sentido soso. Solo simbólico ser.

Subamos. [...]

El bizco mira el suelo cerca de mí y, también, lejos.
¡Tantas veces rogué en vano por su

cirugía! En la resignación, me he acostumbrado a soportar su bifurcada mirada de cachorro complaciente; los nervios indefectiblemente gustan renegar con las monótonas representaciones mundanas. El bizco me devuelve el mate, pero yo estoy mirándola a ella. Imposible no ver las amplias caderas que exhibe indiscreta. A veces me repugna, Rita la vulgar. Siento ganas de tomarla en mis manos y zamarrearla hasta que no quede rastro alguno de su absurda existencia. Pero, a la vez, me inspira una tenue ternura casi lastimera que repele, en cierta medida, mi desprecio. Pocas veces logro tolerarla sin molestias. Es porque asquea. Asquea con su rostro de glotona y la risa carnicera de come-ratas-lujuriosa. Lo cierto es cierto.

Fu-manchú reclama viento, el ardiente suelo de esta época es difícil de soportar. Con la vista acuosa al cielo pregunta desolado cuándo vendrá la lluvia, que su alma se está secando. Suspira y abre por fin la petaca de whisky en su mano. Un largo y ardoroso trago y, el semblante, parece recuperar algo de tonalidad de ser vivo. Sigue su paso, como si no

existiéramos allí, ante él, y desaparece del otro lado del pasillo-túnel que atraviesa el gran patio separando nuestra curiosidad de su agonía. Se esfuma Fu-manchú de algarabía. Se esfuma la plegaria de lluvia y, con ella, la promesa marchita del buen don, del mañana y más etcéteras que nunca volverán.

Ya nada le importa acerca de la rata. A decir verdad, todos la habíamos olvidado. Pero, justo cuando comprendimos esto, volvió atronadora a nuestras conciencias. Y Fu-manchú de nuevo extraño, quizá más a costa de su evasiva ausencia. Fu-manchú pisado por las huellas de su propio pasado. Vuelto y revuelto por su sopor ermitaño. Volvamos a las rondas de risas ajenas y que se contagien. Que se contagien.

*Sostienes sentido. Senda sádica sobre suspiros sedosos, sin
sonido. Se suceden simulacros sincrónicos; son secretos
sombrios. Somos sol. Solo somos. [Sin sentido]*

Medité larga y solitariamente mientras todos dormían. A veces, el mundo entero se reduce a un efímero instante de difusa luz; la tenaz incertidumbre grisácea. Pasajeros de un tren de carga que lleva desechos memoriosos a la gran tumba de Humanidad.

(Solo sobras.)

P.J. ve pasar el nuevo mate con su cara de malcriado. Si bien ya pasó la primera juventud, su actividad neuronal no lo habilita a ser considerado un hombre. La realidad lo despoja, paso a paso, de su inocente y pueblerina esencia. Adolece de arrebato hormonal; es unidat en pleno proceso de putrefacción para unirse al resto y, así, ser una basura más en este gran tacho urbano. Lo veo escarbarse con dedicado esfuerzo la nariz. Busca largos minutos el secreto que tanto lo estorba. Sonríe al fin mirando su uña más larga y la lame orgulloso. Vuelve a la vida, su estúpido ritual ha concluido y ahora puede seguir rondando en nuestro aire como el gas insulso que es. Humano.

Fu-manchú cabalga en Morfeo desde su cuarto. Sueña que es un pirata. Puedo oír los diálogos que expresa a gritos con mil voces en su boca. Dos el uno. O tres. Todos los personajes presentes. Metamorfosis. Adaptación. Locura. Decidí acercarme a la infinitamente distante puerta. Lo llamé con voz iracunda de sargento para no dejarlo escapar a la respuesta. Nada. Los minutos transitaron hacia atrás en mi paciencia agotada. Busqué una distracción coherente a medias, algo que me devolviera la calma. Hasta que lo oí. Fu-manchú despierta con su propia voz y habla con su dios ligero, el que siempre se le escapa (según lo oigo decir cada vez). Discuten largo rato pero las palabras me resultan indescifrables. Recuerdo la rata. Hasta percibo el hedor que despide. Me hipnotiza y conduce mis pasos directo a ella. Me estoy yendo. Fu-manchú de viento, ¡ya no te siento! Y ella tampoco está. Ahora jamás sabré si era cierto o solo imágenes mentirosas lo que creo recordar.

Suplicante, sin sustancia, súbitamente sollozas.

Solapado, sucumbes siempre sospechoso.

*Sin seriedad, se sortea sosiego sectario; Su sermón. [Siempre sin
sentido]*

Elsa Carreras vuelve a gritar. Elsa Carreras empuña su escoba cual gendarme temerario. No sé con quién pelea ni si quiero averiguarlo. Me decido por la respuesta negativa, la más sana, justo demasiado tarde. Ya golpea con su palo, una y otra vez, la puerta del baño. Va a destruirla y no creo ser tan real como para impedir su objetivo. La llamo tímidamente pero un solo segundo de su mirada me silencia al instante. Elsa está brava y corre contra el polvo. Se arrastra por el piso vociferando su furia moribunda. Espero el arribo de su improbable templanza, o un mero intento de ella, y le busco un vaso de agua que pueda cooperar en la escena. Se lo echa al instante sobre la cabeza hirviente con un gesto inocuo. Me doy media

vuelta y abro la puerta, tranquila, tranquilísimamente. Desde atrás me llega su alarido

y el posterior sonido de su cuerpo golpeando el suelo. Ya perdiendo mi propia calma, paso por sobre el extenso vestido de flores turquesas para correr a cierta distancia y despejarme. Cinco minutos después, su cuerpo ya se había erguido, no sin arduo esfuerzo (del que no participé, dada la aspereza de la situación), y su parloteo explicaba la forma en que la rata le había suplicado, entre sollozos, que libere su alma dando al cuerpo digna sepultura. Y la puerta cerrada.

Algunos (entre los que me incluyo) pensamos que, luego de comerla, su propia conciencia le dictó tal fábula que repitieron las voces en su cabeza para aliviar la culpa de tenerla adentro, repugnante chabacana. O bien pudo confundirse, como siempre; como cuando se sienta junto al helecho al que llama Benjamín y le da lecciones de inglés -la misma lección de cada martes, de cada clase, de cada vez-. Algunas otras mañanas, se para en el centro exacto del patio y al primero de nosotros que pasa, lo llama con nombre incorrecto y, a veces, incompatible con nuestra

lengua (y con cualquier otra), para ponerse a recordar anécdotas supuestamente compartidas o ficciones magníficas que incluyen a todos en un exageradamente enérgico monólogo sin fin aparente. Hasta que el sol se esparce con el día y sus falaces palabras culminan en la primera estrella. Y los inconfesables secretos verdaderos se mueren en su automático silencio. Detener la verdad. Pero la rata se ha ido. Aunque no haya querido aceptarlo, Elsa Carreras, ciega perversa, se adhiere a la bombilla.

*Soportando su sed, siembro segundos someros. Siempre sombrío,
suspendido sin sueños. Suelo sicario, sigo
sesgando senderos. Sí, soy Silencio.*

Vuelta Fu-manchú de amigos. Ronda de mates y Benicio que ata y desata sus cordones a lo lejos. Rueda de quimeras o desperdicios de existencias. Retumba el llano lamento del solitario, ese que nadie oye. Perplejo el semblante del que recorre sus propios temores inciertos. La rata se ha

ido pero sigue entre nosotros. Una mancha de sangre en la memoria de los testigos. Caníbal inconfesable. Crimen impune. Fachadas. Promesas mudas carentes de ambición. Giramos en un círculo deformado por la locura de mil mentes. Lucio toca o trastoca el clarín desde su cuarto mientras Rosa lava unas medias deshilachadas sin dejar de tararear su samba inventada. Se mezcla todo en el aire y el murmullo que conforman parece acunarnos en el limbo mismo. Nos mecemos satisfechos en esta hamaca de mentiras para olvidar lo que somos.

Fu-manchú, excelso, clama refuerzos desde adentro. Ya no es la rata (o sí), se trata del sueño. No sé si volver sobre mis pasos, si arrojarme contra la puerta o si seguir levitando en mi ínfimo espacio del que espera. Opto, por supuesto, por la última opción. Fu-manchú despliega sus alas de soledad en etéreo decoro. Atraviesa ilusiones y almohadas, indecente. Va buscando algo más. Pero quién sabe qué. Y yo que, tras un atisbo de respuesta, giro y giro en mis neuronas ajenas. Un sonido lejano

acaso llega a mis oídos, pero solo me importa el mutismo interno que me responde burlón. ¿Seré yo o este mundo está perdiendo su sintonía?

Sosiego (sórdido salón suntuoso) Supeditando suplicios, surcando sutil sutura; su supuesta supremacía supura. Siempre. Sin sentido. [No tiene sentido. Nunca lo ha tenido].

Medito largamente sobre esta cuestión, hasta que se abre la puerta. Fu-manchú de todos colores, alerta al día que se desploma. Demasiado tarde, a mi criterio, pero era de esperar; Fu-manchú ya no nos sorprende, por momentos. Fu-manchú ajeno, viene y va, divaga en su temblorosa memoria hueca y naufraga al encontrarnos allí: un montón de inútiles huesos cubiertos por el polvo del tiempo. El tiempo que no deja de escapar. ¿Y qué somos, más que tiempo perdido?, te pregunto, Fu-manchú evanescente en retazos de sueños, ¿qué somos sin el tiempo? Y te vas. Te vas presuroso sonriendo con las comisuras, y yo te creo. No hay

fantasma más real que el de tu cuerpo. Y te pregunto, Fu-manchú, ¿qué es el muerto, qué son las ratas? Y te vas. En mente y espíritu. No sos y no somos más que nebulosas parlantes que buscan alguna respuesta a la eterna pregunta del porqué. Sin sentido. ¿Y qué hago aquí hoy, detrás de tu puerta, custodiando el sueño macabro de tus muertes? ¿Qué soy al despertar, hombre de ingrata verdad, qué soy más que el lamento guardado de tus años sordos? ¿Aprendiste a gritar, Fu-manchú? ¿Aprendiste las plegarias? Seguimos tras un rastro dudoso directo a la nada. Y seguimos en el mismo punto, planteando estas mismas cuestiones, tras el mismo cuerpo gris que flamea hasta el baño. ¿Y qué somos Fu-manchú, más que testigos de tu insulsa y falsa existencia?...y de las nuestras.

Kaput.

Alicia

(2004)

Ilustración:

Estefanía Clotti



Cada día pienso en ella. Lo que mejor recuerdo son las charlas en el baño. Creo que una de las cosas que más le gustaba era entrar cuando yo estaba tras la cortina, se sentaba en un rincón y hablaba de cualquier cosa, desde lo más intrascendente que podía llegar a concebir su mente, hasta una reflexión intrincada de carácter demasiado complejo como para compartirla en un lugar apenas menos íntimo que ese. Era uno de los mejores momentos del día y debo confesar que demoraba mucho a propósito, para que no se terminara nunca su voz. A veces, se quedaba incluso mientras me secaba el pelo, pensando silenciosa en lo que me estaba compartiendo, o me narraba desde la ventana abierta las vicisitudes climáticas mientras me vestía para irme a trabajar. Fue la primera mujer con la que dormí. Y la última.

Cuando la conocí estaba planeando un futuro con mi novio de entonces. Era una buena relación, pero el tiempo arrasa con la belleza del mundo y yo siempre fui inconformista e inconstante. Ella lo sabía, por eso esperó tanto tiempo.

A los dos años de la primera vez que intercambiamos palabras, mi situación era, tal vez, la que ella habría previsto: estaba sola y la depresión me agobiaba. Ella entró, como lo hacía siempre, por la ventana del patio, de la misma forma en que yo lo hacía cuando era una niña, a pesar de los retos de mi madre, y me contó que estaba a punto de irse a Europa. Unos días después estábamos viviendo juntas. Convivimos ocho meses, pero hoy me parece que toda mi vida real se reduce a ese período de tiempo. Salíamos bastante, a veces a los lugares heterosexuales, donde me fascinaba reírme de los que se acercaban con intenciones obscenas. La abrazaba por la cintura y nos besábamos largamente mientras el mundo nos observaba en silencio y algunos tipos se reían en su excitación. A nosotras ellos nos daban risa. Nunca permanecíamos más de dos horas porque el desprecio que Alicia experimentaba hacia el resto de la gente, sobre todo hacia los hombres (motivo de críticas y graciosas conversaciones), era inmenso y, por momentos, hasta exagerado.

Entonces volvíamos a casa y nuestro mundo volvía a nacer. Hablábamos, reíamos y nos abrazábamos hasta dormirnos al fin. Todo era perfecto. Todo fue perfecto.

El día que las cosas cambiaron o, más bien, el día que me di cuenta de que las cosas cambiaron fue, precisamente, en una de esas charlas del baño. Yo estaba detrás de la cortina cuando escuché su pregunta:

- ¿Desde cuándo te gustan las mujeres?

Directa. Su tono era sombrío. Me quedé unos segundos en silencio porque su voz me asustó. Al fin, dije divertida:

- No me gustan las mujeres, me gusta Alicia. ¿La conocés?

- ¿Y por qué te gusto?- el tono sombrío permanecía. Sin embargo, parecía más bien una chiquilla curiosa que indagaba a su madre, sobre un asunto que no estaba muy segura si le gustaría conocer.

- No sé. Por tu inteligencia. Me divierte escucharte y saber qué pensás. Me gusta tu forma de ver la vida, me inspirás. En fin, un montón de cosas-. Yo reía,

sin saber porqué, intentaba restarle importancia al tema.

- ¿Y eso es amor, Clara? ¿Gustarse?- El silencio fue absoluto, intimidante, me sentí muy pequeña y sin saber qué responder. Nunca me había planteado ese tipo de cuestiones. Era una de las cosas que más quería de ella: su falta de exigencias, su falta de interrogantes para conmigo. Mientras retorció impaciente el jabón, comencé a hablar:

- Eso creo, ¿no? Me gustan muchas cosas de vos. Me parece que es eso: que alguien te guste tanto como para desear estar lo más cerca suyo posible, para disfrutar compartiendo la efímera y esporádica felicidad. Eso se adapta bastante a la imagen que yo tengo del amor.- Las palabras dejaron un gusto amargo en mi boca. Y no bastaron, yo lo sabía y el silencio que se prolongó tras ellas me lo confirmó.

- Supongo que así es- dijo secamente al fin. Sentí la puerta que se abría y su voz que me decía que iba a preparar café.

Para ese entonces, hacía más de seis meses que vivíamos en la misma casa. Mi padre me había

alquilado un departamento apenas me separé porque prefería tenerme lejos y con la boca cerrada que interfiriendo en su indecente vida personal de viudo alocado. Yo la llevé conmigo porque la soledad era triste y su compañía me hacía bien. Era una gran amiga, la mejor. Delante de ella nunca me había sentido extraña, ni había sentido vergüenza, era como una parte de mí misma. Era perfecto, por lo menos para mí, por lo menos en ese momento: nunca se sabía cuánto podían durar mis estados, y ella sabía eso mejor que yo.

- Pensar que podrías estar con cualquier persona que desearas...-.

Comenzó a hablar mirando el techo, recostada sobre la cama, fumando un cigarrillo.

Había empezado a fumar hacía poco tiempo. Cuando la conocí, no lo hacía. Empezó como una broma, cuando salíamos fumábamos, tabaco y marihuana, tomábamos también, a veces, bebidas blancas. Debo decir que la pervertí bastante en ese sentido. En definitiva, a esa altura, ya fumaba constantemente y yo casi no me había percatado de ello.

- Podrías estar con quien quisieras, hombre, mujer. Tu hermosura te lo permite todo.

Yo reí. Estaba vistiéndome para ir a la editorial. Había conseguido, por ese entonces, un pequeño trabajo en una revista de la ciudad, no era muy importante, pero tenía una columna semanal para mí y la remota pero existente posibilidad de ascender a algo más. Un amigo de mi padre me había conseguido el puesto, favor que alguna vez osó cobrarme y, esa misma vez, tuve que pagarle, con todo el asco que me producía el sometimiento de los derechos que ejercía el patriarcado capital y sexual. Alicia sospechaba una fantásica continuidad que, suponía, yo mantenía en secreto. Entre otras cosas.

- Si es por eso, vos ya estuviste con otras mujeres y podrías estarlo ahora mismo. Pero estás conmigo y eso me alegra. Podrías pensar que hoy estoy con vos y que es eso lo que quiero.

- Hoy... el siempre doloroso circunstancial de tus palabras.

Palabras. Siempre se trataba de las palabras. Con Alicia era así, deformaba, deshacía, desmembraba las palabras hasta darle la forma que ella quería. Y esa forma siempre era nefasta. Yo ya estaba acostumbrada, pero nunca había actuado tan obstinada como en aquel tiempo, tan –no se me ocurre otra palabra– enferma. En cuanto a mí, prolongaba la risa que sinceramente brotaba y la besaba con calma. Eso bastaba para que se templara un rato y me sonriera al irme. Por la noche, la historia se repetía.

La verdad es que no había pensado en dejarla. Por lo menos, no todavía. Amaba su compañía, amaba estar con ella, incluso mientras estaba con ánimos de discutir y dar vuelta todo lo que yo decía para crear un drama. Aún hoy no podría precisar qué era lo que tenía que me hacía amarla, pero sentía algo inmenso y bello en la extravagancia de ese sentimiento. No había ninguna otra mujer que me interesara, ni la hubo nunca. Los hombres, fueron y vinieron durante largos años, también después de Alicia. Pero nada de eso pudo ser lo mismo. Ella

me colmaba, con ella todo tenía un sabor diferente, todo era exquisito. Hasta que lo olvidó.

Una tarde, volví de la editorial y estaba completamente drogada. Reía como una loca y sus ojos despedían lágrimas tempestuosas. Estaba sentada en el suelo y me miraba con un cigarrillo entre los labios y los ojos iracundos. Me había retrasado una hora y media. Había ido con un compañero, que acababa de ser abandonado por su ingrata ex futura esposa, a tomar un café, un asunto nada relevante. Hasta resultó una salida aburrida sobre la cual pensaba que nos reiríamos un buen rato juntas, pero ella tenía otra idea en mente. Miró el reloj en la pared y sacudió la cabeza. En la cocina, todo estaba mugriento: platos sucios en todas partes y restos de comida esparcidos por el piso. Cuando acabó de reírse, como burlándose de mi gesto de sorpresa, me dijo abatida: “Cada vez estoy más gorda y horrible”. Aspiró el cigarrillo furiosamente y siguió riendo. Arrojé al suelo la cartera y el abrigo, me acerqué a ella, no sin cierto temor (siempre me asustaba un poco verla en esas

circunstancias), y me senté a su lado. Le quité el cigarrillo de la boca y lo fumé en silencio. Luego, mirando la pared del otro lado, donde colgaba uno de sus últimos cuadros (que databa ya de tres meses), le hablé con la mayor templanza de la que fui capaz:

- Es increíble que tengas tanta belleza en tu interior y sigas esforzándote por destruirla. Si tan solo entendieras cuánto te quiero todo sería mucho más fácil para las dos.

Me miró con ojos rojos, ya no había rastros de ira pero las lágrimas seguían asomando:

- ¿Hasta cuándo será eso?

Suspiré, desvié la mirada al suelo y no la abracé, como tenía pensado hacerlo, simplemente me levanté y entré en el baño, esperanzada; pensando que me seguiría con una de esas charlas que nunca volvieron. Sigo pensando que en ese momento cometí el peor error de mi vida: subestimé su tristeza.

Esa noche la besé hasta que se tranquilizó. Era todo lo que podía hacer. Podía amarla y disfrutarla.

Pero, simplemente, no podía decirle hasta cuándo sería así, eso era lo único que ella quería, y que la respuesta fuera mentira. Siempre se trata de eso. Y el siempre no existe, pero no podía decirle eso. No a Alicia.

Al día siguiente, preparé el desayuno y, mientras tomábamos el café, le pregunté por qué no estaba pintando. Tenía ganas de que lo hiciera, era una de las cosas que mejor hacía; su arte era su magia, su semblante mientras pintaba era magia. Ella me sonrió y me dijo que no podía. Me di cuenta que lo decía en serio.

Hoy pienso en eso y creo que, en el fondo, lo que trató de hacer fue ayudarme, una especie de favor morboso y rebuscado, como era ella. Quizá trató de hacerme las cosas más fáciles (desde su punto de vista, por supuesto). Prefirió tomar ese camino aún antes de que no le quedara alternativa. En el fondo, lo hizo por mí. Si he de ser sincera, sabía que no duraría demasiado y, de todos modos, sentía que nos quedaba tanto tiempo para compartir. Pero ella estaba en la vida para eternizarse -aún a costa del

dolor- y siempre había sido precavida. Yo, en cambio, no estaba preparada para algo así. Sé que trató de advertirme, pero a veces puedo ser muy ciega, sobre todo cuando hay cosas que prefiero no ver, como todo el mundo.

Nunca imaginé que me encontraría con esa escena el primer día de nuestra primer primavera. El día anterior había estado bastante bien, el mejor de los últimos meses, y quizá de toda la relación. Domingo, un domingo tranquilo y nublado. Habíamos estado caminando por la ciudad abrazadas, sin perturbarnos por nada. Volvimos a casa, Alicia preparó dos tazas de chocolate caliente y miramos una película, una muy mala que nos hizo reír a carcajadas. Nos bañamos juntas y cenamos con velas. Pensé que las cosas estaban mejor. Sobre todo después de la conversación del día anterior, que había sido por de más de preocupante:

- Algunos no estamos preparados para disfrutar de la vida. Para algunos, todo tiene un lado oscuro, todo tiene un lado sumamente negro que tiene

protagonismo absoluto. Mientras más tiempo, más negro y vasto se vuelve-, su tono era casi risueño.

- Solo hay que querer ver la luz que se filtra en la oscuridad, Alicia, es tan simple como eso.
- No tiene nada de simple, por lo menos para mí. Yo sé que sin vos mi vida ya no es nada, absolutamente nada, igual que antes de conocerte, pero ya estoy vieja para soportar sentirme así de nuevo. El mundo es un lugar espantoso, lleno de maldad, lo supe siempre, el único detalle, la única objeción a esa verdad sos vos.
- La capacidad de exageración que tenés siempre me fascinó, pero ya me resulta preocupante. No te entiendo esa necesidad de querer llegar más rápido que el tiempo a todos lados, esa resistencia a disfrutar del momento. No entiendo cómo mi presencia no te basta para estar bien si es cierto que todo se trata de amor. Por momentos, no te entiendo en lo más mínimo.
- Es mejor así... ¿Te falta mucho? Voy a preparar café.
- Ya salgo.

Fue la última charla que tuvimos mientras me bañaba. Hoy su recuerdo me deja una sensación de vacío y arrepentimiento inmensa. Hoy pagaría con mi vida para volver a ese momento.

Cuando entré en el departamento, la oscuridad era casi absoluta. Encendí las luces y lo primero que vi me pareció una maravilla: había estado pintando. Me pintó a mí, aunque el rostro que vi dibujado era de una hermosura de la que yo carezco indiscutiblemente. El rostro que vi estaba pintado con amor. La llamé alegremente para abrazarla, para decirle que la amaba y que el cuándo se extendía hasta el infinito, que su magia me había mostrado todo lo que necesitaba ver, que podíamos salir a caminar, buscar un gatito para criar juntas, y tomar un helado mirando la luna. Todo lo que quisiera. Casi corriendo, me dirigí a la habitación pero no la encontré. La luz que se filtraba por los bordes de la puerta del baño me hizo estremecer. La abrí con el corazón latiendo impetuoso y allí estaba Alicia, con su cuerpo desnudo sumergido en el agua enrojecida por la sangre que despedían sus

venas. Allí estaba, inerte y silenciada para siempre, facilitándome el abandono, dejándome seguir con mi vida sola. Intentando hacerme sentir menos desdichada, menos infeliz y culpable de lo que iba a sentirme más tarde, al dejarla. Pero, a pesar de sus buenas intenciones, no lo logró, la dulce Alicia. Cada noche la lloro y me odio. Mientras me baño, dialogo con su cuerpo marchito que me ama desde el más allá, esforzándome por no decirle que el mundo era un lugar más hermoso antes de que se fuera, y la beso, en los labios, siempre.

Cosmos

(2006)

Ilustración:

Juliana Casali



Todos corrían, los veía a través de la ventana. No podía saber perfectamente si era la realidad o era solo lo que mis ojos veían, hace tiempo que no reconozco del todo lo que pasa alrededor. Pero esa avalancha de niños me alarmó. Alguien tocó el timbre y yo no supe qué hacer. Tenía en claro que si abría esa puerta todo sería diferente de un momento a otro. No puedo decir que estaba muy conforme con mi vida entonces, pero la idea (la certeza) de un cambio siempre causa cierto temor en cualquier ser humano, incluso en uno que ya se siente ajeno a la humanidad. Dudé un instante más, hasta que la infantil voz exclamó con aire alarmado: “¡Rápido, no queda mucho tiempo!”. Pasmado, me acerqué al picaporte y lo moví despacio. Desde afuera, los ojos muy abiertos y muy marrones del chico me miraron aterrorizados. “¡Hay que correr!”, gritó mientras me tomaba de la mano para sacarme de ahí. Al mismo tiempo, sentí unos dedos fríos y largos que me apretaban el brazo desde el interior. Escuché la música estridente y vi el rostro de Daniel, con un

cigarrillo en la boca y los ojos enrojecidos. El humo llenaba esa casa que no era mía ni tampoco de él. Cerré la puerta mientras oía su voz que estaba loco si me pensaba ir ahora que la cosa se estaba poniendo buena. Ajeno a sus palabras, miré alrededor y comprendí que hablaba de la acumulación de gente en el recinto, moviéndose con precisión mecánica, bebiendo alcohol y manoseándose sin disimulo bajo las luces rojas. Eso que él denominaba “fiesta”. Volteé una vez más hacia la ventana. Afuera ya no había nada más que noche y una débil luz sobre la calle vacía. Suspiré como tantas veces lo hacía cuando descubría que mi supuesta aventura era una ficticia incoherencia.

Volví a un asiento alejado que me resultaba familiar, quizás había estado sentado allí antes de que llegaran los niños, de que viera esa luz al otro lado de la calle, y de que me acercara a la ventana, todos hechos que no imagino cómo ni por qué tuvieron lugar esta noche y que los recuerdo como memorias de un extraño.

Cuando me introduje en la ardua reflexión para tratar de comprender cómo fue que me había levantado del sillón donde (sé) estuve sentado un rato antes (no sé cuán largo rato), me encontré con el abismo insondable de mi carencia de memoria, meforcé a cambiar de tema de pensamiento, aunque fuese por un momento.

Decidí analizar lo que veía y no me gustó en lo más mínimo: hombres visiblemente excitados, moviendo sus vasos llenos de cerveza delante de los ojos de las mujeres pintarrajeadas y semidesnudas, a la espera de una noche espectacular. “Fiesta”, pensé, y la sola idea de que eso podría acercarse a algo divertido me deprimió inmensamente. No sabía realmente, a pesar de los años, si se trataba de mí o era el resto del mundo el que estaba fallado. Por supuesto, la segunda opción, me hacía sentir un poco mejor.

En un momento dado, cuando más sumido en mi nuevo sopor de hipótesis me hallaba, una mano me extendió un vaso cargado de algo transparente con trozos de hielo suspendidos. Era

Daniel con uno de esos tragos fuertes que se inventa para pasar mejor la noche. Una de las cosas (que no eran muchas) en que concordaba con su opinión, a veces zarandearse en los límites de la decadencia resulta imprescindible para soportar ciertos episodios que las vueltas de la vida te ponen enfrente. Lo probé mientras lo veía guiñarle el ojo a una de las chicas, que llevaba un mechón de pelo violeta del lado izquierdo del rostro y unos cuantos aros decorando su rostro redondo. Desde el sillón, la observé silencioso y descubrí que me recordaba las noches de mi infancia, dos décadas atrás, cuando salía al patio de la vieja casona para no escuchar a mis padres discutiendo a los gritos y no me alcanzaban las manos para cubrirme los oídos. Entonces me trepaba hasta el techo y miraba el eterno cielo en su inmensa negrura, interrumpida sutilmente por millones de constelaciones que lo habitaban (y Esteban se sentía feliz). La chica del mechón violeta se parecía a la luna, con su piel pálida y grisácea, sus ojos vacíos como dos enormes cráteres y unas pequeñas estrellas como

superpuestas, cosa increíble, jamás vista. Mi risa fue estridente, no puedo evitar hacerlo, todos alrededor me miraron espantados, esa era una actitud que se salía de los parámetros de la línea de conducta que debían tener los miembros de aquella reunión. Y yo tan desentonado.

Me reí a gritos hasta llorar, era tan graciosa esa dama, con su cara de luna llena que me había hecho viajar al pasado para recordarme a Esteban sintiéndose vivo, que no le guardé rencor cuando me dio el cachetazo sonoro que me hizo volcar el contenido del vaso sobre los pantalones. La chica del mechón violeta se fue murmurando bastante fuerte lo que sonaba como un insulto muy ofensivo, pero Esteban no podía parar de reírse aunque el frío se esparciera por su entrepierna. A veces los pensamientos salen en voz alta y sin que puedan controlarse, y a veces el control no es más que hipocresía automática.

Daniel estaba visiblemente frustrado a pesar de la sonrisa permanente. No me lo dijo, era un tipo que confiaba en sus ojos para hablar por él, y no erraba al

respecto. Lamenté, en cierto modo, haber espantado a Cara de luna, pero ella fue a pararse en el punto justo en que todo lo que la rodeaba era oscuridad y ella brillaba como... Estoy seguro de que ella se hubiera ido de todos modos, pero no lo consideré un argumento adecuado a la situación. Sí, en cambio, le halagué el trago que había traído y le debo haber dicho algo más, porque recuerdo que sonrió casi sin ganas para ponerse loco de repente y reír a gritos, como hacía siempre. Me abrazaba, me apoyaba una mano en el hombro y me palmeaba mientras las lágrimas le saltaban de los ojos. Yo también reía, simplemente porque él lo hacía y porque no sabía en absoluto qué le había dado semejante acceso de risa. Por fin se detuvo y suspiró. Alrededor la gente nos miraba, algunos se reían también, quizás habrían escuchado eso que dije, que no recuerdo qué fue. Pero al instante todos volvieron a sus vanas conversaciones y se perdieron en sus mundos diminutos. Un universo completo en una habitación. Sin estrellas.

Mi amigo se terminó el vaso y fue a buscar más con brío. Mientras se iba, yo prendí un cigarrillo y contemplé el espacio que me rodeaba. Me sentía un poco asfixiado, no sabía del todo si

era consecuencia del ataque de risa o porque los demás planetas se hallaban demasiado cerca. Había olvidado que mis pantalones estaban húmedos y fríos, y que esa casa era extraña; ya nada de la situación en que me encontraba llamaba mi atención. Así, decidí que era hora de apartarme un poco, de salirme de la órbita por un rato. Anduve como volando entre los movimientos convulsos de los bailarines patéticos que me rodeaban y divisé una puerta, estaba entreabierta y parecía dar a un patio o algo por el estilo. La luz de una noche diferente se filtraba por ella. “Un agujero negro”, pensé al instante y todo lo que había en este universo desapareció. Yo solo quería pasar al otro. La puerta se abrió lentamente y un hombre oscuro surgió del otro lado. Me miraba fijamente y su gesto era duro y silencioso. Parecía no respirar, parecía inhumano, supe al instante que se trataba de un ser que provenía de otro mundo. Me interesé por saber de qué constelación venía y mi andar se aceleró entre las masas transpiradas que me rozaban. Él se movió un poco hacia atrás y me

abrió paso. Era un jardín enorme, rodeado de bosque espeso. El verde dominaba el paisaje y me sentí estúpidamente naturalista, estúpidamente enternecido por el panorama colorido que desentonaba tanto con la presencia del individuo, oscuro, tétrico, casi muerto. Pero las plantas, las flores, rebozaban de vida, de luz, de alegría. Y el tipo me miraba serio. Comenzó a caminar detrás de mí, llevándome a un sector alejado del jardín, detrás de los árboles secos. Lo veía mover los labios pero hablaba demasiado bajo para lograr oírlo, sentía que el oxígeno mismo hacía ruido al lado suyo. Me sentía maravillado por su porte imponente, su grandeza y su peligrosa carga de energía. Su presencia casi sobrenatural fundía lo extraordinario con lo despreciable. Creo que eso era lo mejor de todo, que era despreciable. Pausado, sombrío y sublime, todo él despreciable.

En el jardín brillaba un sol invisible, solo su resplandor, ni siquiera el cielo se hacía presente. Reinaba una especie de bruma transparente, una atmósfera nebulosa, no sé describirla de mejor

manera. Sin embargo, los colores poblaban la escena, me rodeaban, me mareaban. El hombre oscuro (que era lo único oscuro en ese mundo nuevo) me señaló el suelo, unos diez metros delante de mis pies, y descubrí tres formas similares y graciosas, unos pequeños hombrecitos que llegaban a la altura de mi rodilla me miraban fijamente. Eran pálidos y brillantes, vestidos de rojo, amarillo y verde cada uno de ellos. Los imaginé subidos uno arriba del otro, una suerte de semáforo de cuento de hadas, y me reí solo pero mi risa no se oyó. El hombre me hizo una seña extraña que interpreté como “Atención”, y observé detenidamente a los enanos. Comenzaron a dar un discurso, sus voces sonaban a lata, a ecos desde el infinito, a lejanía. La verdad es que no entendía mucho de lo que decían, pero recuerdo que hablaban sobre el alma, sobre secretos y mentiras y sobre un abismo insondable que era la verdad. Creo que hablaban de la humanidad. Mencionaron una luz que no estaba encendida para todos. Dijeron algo sobre un pozo que era casi un precipicio donde

todos estábamos atrapados juntos e intentábamos convivir, mientras unos pocos (¿afortunados?) encontraban un hueco en la pared de la inmensa

tumba para desprenderse del resto, desmaterializarse y pegarse al frío de la piedra y a la soledad, a la ilusión absurda de encontrar la luz que solo brillaba para unos pocos que quizá, en el fondo, no eran ellos... Que, quizá, en el fondo no existía. Por desgracia, todo lo que recuerdo se entrecruza con momentos distintos a ese y con reflexiones propias, todo es una avalancha de palabras, propias, ajenas, propias, que siempre son ajenas vueltas propias.

El hombre oscuro me tomó del brazo y me alejó del lugar. Los duendes siguieron hablando sin parar, con sus gorros inmensos cubriéndoles las frentes, y descubrí que no me miraban tan fijamente como parecía, sino que miraban más allá de mí, de mi materia y de mi esencia. Estaban viendo algo más, quizás era la luz y yo no podía verla. Sí, hablaban con ella y a su velocidad. Me sentí mareado y frustrado y luché contra la

ferviente curiosidad que me inmovilizaba pero, en seguida, el individuo me llamó la atención. Unos hongos brillaban en el césped, eran luminosos y tentadores, pero yo sabía que eran comida, que eran de realidad ajena. Pero lo que él quería que viera no era eso, sino la tumba que se elevaba por detrás. Su voz grave, imperiosa, adentró en mis oídos: “En la tierra se esconden los secretos de la humanidad y se arrojan los residuos de ésta. Una verdadera bendición”. Me pregunté si lo que estaba bajo la tierra sería realmente un muerto, algo frío e inerte, negué con la cabeza y cerré los ojos. Cuando volví a abrirlos, el jardín entero estaba poblado de tumbas, tumbas inmensas que no podía creer no haber visto antes, los enanos eran patéticos adornos de cerámica vieja en un jardín diabólico. Cerré los ojos una vez más intentando aclarar mi visión. A mi lado, el hombre oscuro ya no existía; yo mismo me paraba sobre una tumba y tenía la certeza de que era la suya. Todo el cuerpo empezó a picarme, sentí calambres y asfixia, corrí bajo la reciente oscuridad que me aplastaba buscando la puerta,

intentando no cerrar los ojos porque me aterraba pensar que tendría que abrirlos una vez más para encontrar nuevas tumbas, nueva desolación. La distancia que había caminado junto al extraño había parecido más corta que la que ahora estaba corriendo. Pero ya nada podía sorprenderme. Unos insectos zumbaban alrededor y amenazaban con introducirse en mis oídos cuando al fin vi la luz filtrándose por los bordes de la puerta. Me detuve enfrente, pensando que era la misma imagen que había tenido antes de atravesarla y llegar a ese lugar maldito que me había parecido tan bello al principio. Esa sensación me inmovilizó hasta que la puerta se abrió y se asomó el rostro alegre de Daniel, una vez más, con un vaso de alcohol en la mano. Me llamó riendo y me dijo que se estaba aburriendo sin mí, miró en el cielo las estrellas que yo no encontraba y dijo algo sobre la noche hermosa, pero yo no estaba de acuerdo. Los enanos habían vuelto y se sonreían mirando más allá de mi piel. Entré una vez más a esa casa que no era mía, o quizás sí, ya no estaba seguro de nada. Lo único

que sabía era que quería quedarme cerca de Daniel, porque su presencia me mantenía a salvo. Se lo dije y se echó a reír diciendo que por eso me estaba buscando; porque la risa es una maravilla. Tomamos y fumamos juntos un rato, en el mismo sillón, hablando de las buenas cosas que habíamos hecho juntos, las que fueron buenas de verdad, decía riendo. Él no formaba parte del resto, habitaba una constelación intermedia, particular, que yo no lograba comprender del todo, pero de a ratos me maravillaba. No sabría ubicarlo en el precipicio de la humanidad, quizás él había hallado la manera de respirar un aire más puro sin adentrarse entre las piedras. Era asombroso. Para él todo era tan divertido, fumarse un cigarrillo mojado, quemarse la garganta con mates ardientes, caerse de un balcón del séptimo piso. Y yo era una risa patética en el triste melodrama que me resultaba la vida, solitario y ajeno al mundo, lastimándome la piel con las rocas que me rodeaban, sin moverme del mismo pantanoso espacio. Cientos de planetas alrededor y nada

llamaba mi atención. Daniel era mi satélite, o quizás yo era el suyo, aunque no girara hacia ningún lugar, pero éramos dos mundos en uno, o un mundo en dos, y lo demás era un opaco brillo lejano que no podía llegar hasta nosotros. Como en los partidos de fútbol, como en la hinchada, como en el boliche, un bloque que se movía acompañado por risas, las suyas, y palabras, las mías. En ese preciso momento, cuando todo estuvo tan claro en la noche de la habitación, vi pasar una estrella. Una mujer pequeña que llenó mi vista y eclipsó todo lo que había alrededor, incluso el otro lado de mi mundo. Me transporté del abrazo de Daniel a su luz, cambié de vuelta de universo, esta vez sin puertas intermedias. Sus ojos me miraron y vi miles de lágrimas alborotadas, vi dolor y vacío, vi mi propio reflejo y mi sentimiento de pesar absoluto y eludido. Ella me miró con furia y me gritó algo tan fuerte que sentí las gotas de saliva aterrizar en mi cara. Su mano se estrelló contra la mejilla de alguien que de repente no era yo, porque no entendía qué estaba viviendo, qué mundo era ése,

qué papel me tocaba hacer. Miré alrededor y seguía en una casa que no era la mía, pero no era nada parecido a una fiesta sino a una reunión silenciosa y oscura. La tristeza y la indignación lúgubrementemente instaladas. A mi lado, en el sillón que parecía otro, un aplastado almohadón se burlaba de mi espanto. Una mujer sentada en una silla a unos metros, vestida toda de negro, se secaba las lágrimas con un pañuelo de flores. La gente pasaba a saludarla y la abrazaba susurrándole rituales palabras al oído. Yo sentí un vuelco en el estómago y recordé mi lejana infancia una vez más, la llegada de Daniel corriendo a mi casa. Las tardes de bicicletas y meriendas, el tapial que saltábamos para entrar en la casa de la bruja que devoraba niños de nuestra sempiterna fantasía. Recordé a su padre, que hacía de mi padre, porque el que yo tenía no me miraba más de una vez al día, para pedirme que le alcanzase una botella de cerveza y, a lo mejor, la siguiente (¡No está fría, imbécil, no está fría!). Pero su padre, tan sabio, tan grande, la mirada siempre suave. La chica Cara de luna, que era mía, y yo la odiaba por

recordarme la miserable infancia de la forma opuesta a la que lo hacía Daniel. Y su novia, que brillaba en la noche, que a veces yo creía que era mi estrella pero era solo suya, incluso cuando él ya no la quería y a pesar de que éramos un solo mundo los dos juntos, entonces yo no lo entendía e iba a buscarla, pero sin querer hacerle daño a ninguno de los dos, yo iba a buscarla, y éramos uno también. Pensaba que era tan hermosa nuestra estrella (porque era nuestra), aunque ahora había escupido sobre mí con odio, con ansias de venganza, de muerte, gritando “¡Sé que fuiste vos!”. Se fue llorando de la casa que no es mía, atravesando la puerta que da al jardín maldito donde está el cuerpo frío y ausente de Daniel, pero Daniel llega con dos vasos con alcohol y un cigarrillo entre los labios. Llega riendo y me palmea el hombro. Yo me pongo a llorar como un loco, como un enfermo que vive en mil mundos al mismo tiempo y ya no sé, ya no sé qué trae Daniel para tomar esta vez.

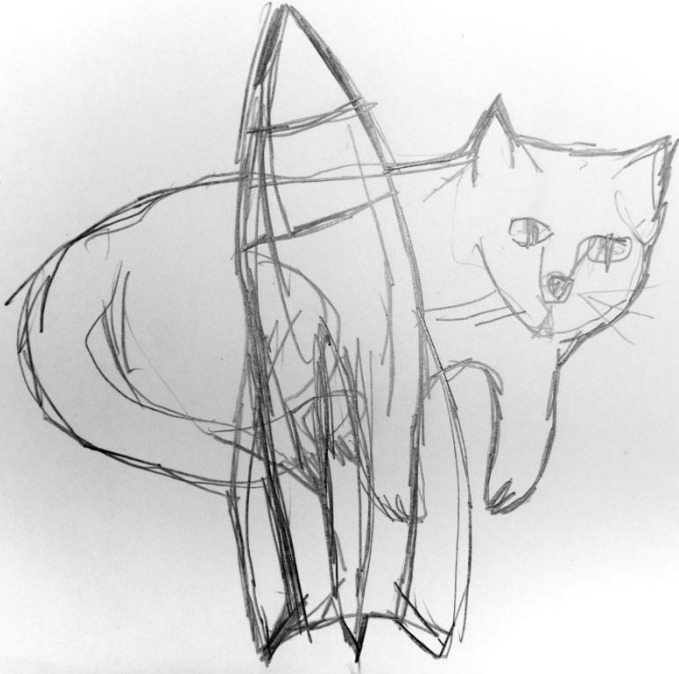
Kaput.

Estampida de cerdos

(2002. Corrección 2005)

Ilustración:

Ximena Pereira



Aún puedo verlo en las neblinas de mi memoria. Su sonrisa estampada sobre el rostro embarrado, como la eterna mancha de la alegría, esa alegría tan suya. Después cae, cae con el gesto comprimido, con los ojos fijos en los míos. Cae al suelo con dos balas en su cuerpo. La escopeta resbala de sus manos, su casco había volado con el primer disparo y yacía lejos, en el pasto reseco. Me mira y cae. Y yo quedo solo en medio de la lluvia horizontal de disparos, tras enormes bolsas de arena que resguardan mi pobre vida. Me siento un niño perdido en un parque de diversiones, solo, aturdido, desesperado entre el bullicio estruendoso, fascinado y aterrado a la vez por mi realidad absurda. Ni siquiera me detengo a llorar una lágrima. Corro. Corro desesperadamente, adentrándome en el bosque espinoso. Un gemido se me escapa cuando una bala roza mi hombro izquierdo. La siento, fugaz, volando al ras de mi piel. Gimo de nuevo, esta vez siento un fuego intenso que me atraviesa la pierna derecha. Caigo. Me arrastro sobre las espinas. Miro atrás pero ya no

queda más que bosque. No hay figuras recortadas en la verde espesura, ni fulgores estruendosos de armas asesinas. Quietud. En el suelo, mi pantorrilla perforada, ensangrentada, muerta. Mi cabeza se desploma pesada. Ahora todo es oscuridad y yo, un cobarde más que la deambula.

Estúpida guerra, pienso hoy. Tan en vano todo, tanta lucha, tanto honor tirado a la basura. Era febrero del 2015, el 22. Lo recuerdo perfecto. Aquella tarde era la última de Leonardo en combate, a la mañana siguiente volvería a casa con Florencia y su bebé. Almorzarían lasagna, lo recuerdo perfecto. Fue su última tarde en combate. Por la noche lo lloré. Lloré como nunca, por él, por mí mismo, por todos los pobres infelices que arriesgábamos la vida por un objetivo incierto, por el simple orgullo absurdo de ganarle al enemigo en un par de hombres muertos. Me sentí como se deben haber sentido los viejos soldados de las Malvinas. Mi abuelo me lo contó muchas veces, con la mirada perdida, inyectada en sangre y ausente. Así debe ser la mía hoy. Se repite la

historia, una y otra vez. Dictaduras, guerras, corrupción e injusticia. La misma basura que nos enseñan en la escuela, la que estudiamos de memoria y después nos toca vivir. De nada sirve.

Año 2015, luchando contra Chile por un pedazo de cordillera que no nos sirve para nada; contra Brasil por un trozo de tierra colorada; perdiendo de nuevo contra los ingleses por un par de islas nuevas, inútiles. Mi hermano Walter murió en una de ellas. Tan lejos, tan solo a los veinte años... Jamás vimos su cadáver. A veces, por las noches, pienso que sigue vivo en algún lugar lejano.

Pero hoy no estamos en guerra. Hace veinte años se firmó un tratado de paz conjunto. El Mercosur, que ya no existe más que estampado en algunas reliquias, reanudó una armonía al menos aparente. Acuerdo estúpido para solucionar conflictos estúpidos. Acuerdo tardío que permitió la muerte de tanto ser inocente. Estamos superpoblados, decían los diarios de todo el mundo. Que la naturaleza iba a colapsar de tanto humano,

que las guerras eran justicia divina hecha carne, decían las voces, enfermas.

En 2023 se acordó una paz falsa, el mismo año en que nació Lorenzo, mi primer hijo, único varón, orgullo de su padre hasta poco tiempo atrás. Mi único hijo fugitivo. Se exilió el mes pasado junto a su novia que escapó de la dictadura francesa con su padre viudo y el terror a cuestas. El trece de abril se escapó de la nuestra, esta vez huérfana, con un niño en su vientre y un amante criollo. El terror ya no le pesa.

A veces me río, sí. Me desgarro en carcajadas falsas que intentan espantar las lágrimas por la desgracia, la patética existencia que me ha tocado en suerte, igual que la de tantos otros, hoy acá, sin poder bajar las escaleras, infinitamente impotente, ante todo, ante todos.

Militares recorren las calles por las noches, armados hasta los huesos. Entran en las casa en una marcha de animales salvajes. Se llevan a las mujeres y las violan en las veredas, las golpean para luego tirarlas a la intemperie como seres

indeseables. No corroboran siquiera si quedan vivas o muertas.

Anoche se llevaron a mi hija. Andrea dormía en su cuarto. Yo esperaba con lágrimas en los ojos, sin nada que hacer más que llorar mi impotencia maldita, todo el día le advertí y ella no quiso escucharme, me gritó, me pidió que la dejara dormir ese rato, venía de muy lejos, estaba tan cansada, siempre supo convencerme. Me apuntaron con un arma en la sien y la llevaron a rastras por el suelo. Andrea no gritaba, no lloraba siquiera. Tan solo me miraba con sus ojos inmensos, brillantes, verdes en la súplica amenazante expresada en silencio. “Perdón” era lo que me gritaban sus pupilas dilatadas. Perdón es lo que yo tendría que pedirme a mí mismo. Esta vez nada pude hacer para salvarla.

No me matan porque fui soldado. Siempre me respetaron por algunas medallas de mierda que llevo ganadas. Pero ahora ya no, tan solo me perdonan la vida. Por desgracia. Cada día estoy más viejo y débil. Mi insignificancia me entristece profundamente. Ni siquiera puedo matarme en paz,

la ley no lo permite, las armas me son inaccesibles, mi pierna muerta no me deja salir a la calle y lanzarme a cualquiera de los precipicios circundantes que decoran la ciudad, producto de alguno de los múltiples bombardeos que hemos recibido en los últimos años. En fin, estoy atado a una silla y al sinsentido. Trágico y patético, el Fabricio Calderón que soy, o que hube sido alguna vez, mucho tiempo atrás.

Pero Andrea siempre quiso cambiar el mundo. Vivió dieciocho años persiguiendo la utopía en su cabeza. Heredó el espíritu luchador de su madre, la predisposición a la firmeza en momentos límites, el idealismo y el positivismo que a mí, a esta altura, me parecen tan absurdos en mi persona. Por eso las amo a ambas, pero a ellas nunca le mataron un Leonardo en la cara a los dieciséis. Fueron años extraños, luego de eso mi cobardía se había vuelto tan tangible que no lograba hablar. Tiraba desde las alturas sintiéndome desgraciadamente a salvo. Cinco años.

A los veintiuno me casé con Luz, me enamoré de su nombre. La conocí en un bar de mala muerte, lleno de borrachos. Su andar iluminaba la oscuridad humeante del recinto. Era moza y demasiado bella. Su padre se había ido cuando cumplió los ocho años. Era comunista. Su madre estaba internada, víctima de un traumatismo cerebral de cuando estalló la guerra del 2015. Luz tenía quince años cuando la conocí pero, a pesar de su espíritu joven y alegre, su rostro delataba una mujer fuerte de mucha más edad. Sin embargo, siempre sonreía, por más triste y agobiada que se sintiera. También me enamoré de su sonrisa. Hacía ocho meses que había vuelto de los campos de combate y su nombre me llenó de esperanzas, de calor, de vida, y su sonrisa me encegueció desde el primer momento. Fueron suyos los abrazos que me ayudaron a no ahogarme en la locura. Nos mudamos a casa de mi madre, que nos brindó su apoyo y afecto incondicionales. Fue siempre una mujer atenta y predispuesta en todo momento a dar cariño y hacer sentir a todos lo mejor posible, con

Luz no fue menos. No hasta que la desesperación la hundió al fin en la oscuridad, en esa rutina enferma de mirar atrás, ver las viejas fotos riendo en soledad, recordar los buenos tiempos pasados y ennegrecidos por el presente desalentador, charlando en noches interminables con el fantasma de mi padre. El viejo se pegó un tiro en la cabeza, atravesando sus orejas, el día que escuchó en las noticias que habíamos perdido en la frontera. Creyó que me había muerto. Recuerdo que agradecía a la vida el accidente del 2009 que le dejó ciego “para no ver la inmundicia que era el mundo”, decía. Ese día deseó también dejar de oír. Fueron años duros, pero con Luz los supimos llevar. Cuando Florencia volvió a Italia con su madre agonizante, mi esposa y yo nos quedamos con Valentín, el hijo de Leonardo. Por aquel entonces estaba terminantemente prohibido salir del país con una criatura menor de trece años, sobre todo si su padre había muerto en combate. La política mantiene los mismos intereses turbios históricos que no vale la pena que nos detengamos

a analizar. En fin, criamos a Valentín como si fuera nuestro propio hijo, realmente no necesité demasiado esfuerzo para sentirlo así. El primer cumpleaños que pasó con nosotros fue el octavo. Recuerdo cómo Luz se esforzó para que sintiera lo menos posible las ausencias y estuviera feliz, cargando con alegría esta responsabilidad, junto con su embarazo de siete meses, y la infaltable sonrisa de siempre, intentando acallar en su memoria su propia experiencia fatídica de circunstancias similares.

Valentín fue un buen chico, un hermano mayor para Lorenzo y Andrea, y nuestro mejor hijo. Sin embargo, cuando creció se escapó de nuestras manos. A los dieciocho entró en servicio. Pese a todo, siguió los pasos de su padre, por sus venas corría la misma sangre guerrera del que hubo sido mi mejor amigo. Pero esta vez el camino estaba infectado y Valentín siempre fue muy susceptible a las órdenes, fuera cual fuere su índole. Hoy viola prostitutas y castra homosexuales bajo una consigna conjunta, mientras deambula las calles junto a las

tropas, cargadas las manos y las narices de merca. Tiene la misma sonrisa de su padre, pero la alegría se desvaneció de a poco hasta no dejar rastros.

A partir de 2023, tuvimos un tiempo de paz. La alegría intentó imponerse en la población pero, en aquellos rostros, la sombría realidad, las múltiples heridas latentes y la inestable calma, se manifestaban a través de la invencible expresión de la desesperanza instalada. Por esto admiraba yo tanto a Luz: ella sabía sonreír por el simple hecho de que aún brillaba el sol. No bajaba sus brazos de la lucha aunque todos nos doblegáramos por los rincones y la cruda rutina se esforzara por ensombrecer todo posible porvenir. Ella me daba la vida. Hoy no la tengo, se apagó una mañana de septiembre de 2042. Estos últimos diez meses respiro porque, por las noches, a veces, logro volver a sentir su cálido abrazo. Jamás me dijo lo del cáncer. Jamás quiso que nos desesperemos por ella, jamás se preocupó lo suficiente por sí misma. No era de las personas que luchan por su propia

vida, sino por las de todos los demás. Pero nadie, mucho menos yo, podía objetarle nada, solo así era feliz.

Aún me detesto por no haberme dado cuenta de lo que le estaba pasando a su cuerpo. Recuerdo su rostro iluminado por el alba que esparcía su candor hasta la cama. Una sonrisa decoraba su palidez. La sonrisa de quien vivió su vida lo mejor que pudo, de aquél que no se arrepiente de nada, del que sabe, con certeza, que todo se va a solucionar alguna vez. La sonrisa satisfecha pero volátil de las almas bondadosas. La sonrisa esperanzada de la alegría. La misma que llevaba Leonardo, lo recuerdo perfecto.

Yo, en cambio, ya me olvidé de sentir esa lejana emoción que asocio con la juventud y la ignorancia. Ya no logro reír de felicidad, de alegría. Sí, puedo burlarme sarcásticamente de todo y vociferar carcajadas huecas como un loco para no llorar mis desgracias, pero ya no puedo reír de alegría, ni tampoco me salen más lágrimas. Sin mi Luz, todos los sentimientos se me mueren adentro.

Ahora miro esa bendita foto: 2030, era todo perfecto. Sí, es verdad, había robos, saqueos, hambre instalada en la población. En las plazas públicas colgaban cuerpos con el mote de

guerrilleros, ladrones, revolucionarios, narcotraficantes, en advertencia a todos los rebeldes. Fueros tiempos similares a los que se sucedieron cuando yo era todavía un crío, tantas veces se repiten las injusticias. Entonces, las protestas eran crecientes y el pueblo luchaba por sus derechos con vehemencia. Hoy en día ya no queda prácticamente nada de eso. Exterminan izquierdistas y jóvenes esperanzados cada día. Así, pues, los viejos tiempos siempre son los mejores, aunque no lo hayan sido en realidad. Presumo que se trata de la necesidad del hombre que se vale de llamarse tal, de arriesgar su vida y su juventud en lugar de la de sus hijos. 2030, sin embargo, fue lo más cercano a una época perfecta. Valentín aún no cultivaba ese odio intenso, o quizás sí, pero estaba solapado por la coherencia y en su rostro no se delataba. En la imagen que estoy viendo es solo un

muchacho feliz. Y Luz, con su eterna sonrisa. Incluso yo mismo estoy riendo, ya nunca río. Las cenizas cubren estos lejanos recuerdos felices y me doy pena por eso. Ahora miro esa foto y ella me mira burlona, acusadora, delatora. Ya no soy lo que era, ya nada de lo que era sigue siendo, todo fue y nada más. La miro y lloro sin lágrimas, ya no me quedan.

El olor de la pipa me tranquiliza. La fumo en silencio. Me recuerda al abuelo, me recuerda a su muerte en el 2006. Un ladrón de celulares. Lo apuñaló en el abdomen por un teléfono sin baterías. Lo encontraron dos horas después en una zanja, sin zapatos. La palidez del frío y la muerte ya decoraban su expresión de sorpresa. Aquella tarde había salido para comprarme una pelota de fútbol. La pelota tampoco estaba. Me enteré un mes después, noviembre, el trece. Yo cumplía siete años y mi abuelo no estaba. Si mi cumpleaños fuera en septiembre, me hubiese enterado recién el año siguiente. No necesité que nadie me explicase, sin embargo. Así comenzaba mi lista de despedidas.

Domingo fue el primero, todavía no he contado el último. Trágica la historia de mi familia, casi tanto como la del mundo entero. Se puede decir que por eso odio la historia, aunque probablemente sea un dato que a nadie le interesa.

2030: en el Concejo se debatían leyes por protocolo, me incluían en él, éste consistía en ir y asentir, a un lado o al otro, dependiendo de lo que hubieran decidido los dos o tres que les seguían en importancia a esos primeros y manejaban a las decenas de individuos de menor importancia, de las que yo formaba parte; una minúscula, simbólica, ridícula parte. Una voz silenciada que contaba como número, como porcentaje.

Se abre la puerta, es Luisa, la mujer que me da de comer. No sé la hora, ni me importa saberla. Ella no habla, ni siquiera sé de dónde es, pero seguro que no es argentina: las argentinas hablan un poco más y gesticulan un poco menos, sobre todo en esta época. Sé que se llama Luisa porque la bauticé yo mismo, le pregunté un día: “Luisa, ¿le

comieron la lengua los ratones?”, y me miró. Desde entonces, para mí es Luisa, igual que la vieja que me cuidaba de chiquito. Esa también está muerta, también es una historia trágica la de la pobre, vivió más años de los que debía y vio mucho más de lo que sus nervios podían soportar. Calculo que es de día a juzgar por la comida, que parece más bien un almuerzo. No uso reloj desde que murió Luz, no tengo interés en contar el tiempo que paso sin ella. Le digo que no, que no abra las cortinas, no quiero ver el sol. De todos modos, está nublado, se nota a través de los pliegues de la tela. Las cierra, mejor. Le digo que se vaya. Me mira de reojo, no habla, como siempre, pero obedece. De nuevo solo. No pruebo el estofado. Luisa no cocina muy bien, pero hoy en día no se puede pedir demasiado, es mejor que comer de las latas. Igual, no tengo apetito más que de soledad y tabaco... y de muerte. Dejo el plato en la bandeja. No, definitivamente no voy a comer. En cambio, me tomo toda el agua que hay en el vaso. No es mucha, cada vez hay menos, sobre todo en

Latinoamérica, Estados Unidos quiere deshidratarnos de una vez por todas. No, no es mucha, pero calma mi sed. Sed. Sed de muerte es lo que tengo. Necesidad creciente de morir. Por desgracia, no puedo controlar los latidos de mi corazón y hacer que se detengan de una vez. Como un loco, estuve tratando en las últimas semanas de entrenarme en ese aspecto, con ciega desesperación y febril convicción. Deseo con tanto fervor abandonar la vida que no logro entender cómo es que aún respiro. Ahora tengo sed de whisky, el whisky me recuerda a Walter. Mi hermano Walter que, sigo creyendo, sigue vivo en algún lugar. El gato me mira, maúlla con ojos huecos. Le doy el plato de estofado. Creo que quiero comer al animal, pero es porque pienso que está intoxicado. Siempre me gustaron los gatos, aunque no me gusten demasiado los animales en general. El gato es especial, es independiente, es interesante, no se deja dominar, no agacha la cabeza ante el primer reto, el gato intimida. Me gustan, sobre todo, por no ser sumisos ni débiles, tal vez capaces de las

más elevadas misiones existenciales. Deliro. Sus ojos me sumergen en ese delirio. Al fin, entrega su ser al estofado.

Está aclarando afuera. Por las mugrientas cortinas puedo observar que un débil rayo de sol se asoma en la distancia y aterriza perpendicular en la cola mansa del animal. Solo quiero que se vaya pronto, el sol, el gato, solo quiero que llueva hasta que se agoten las nubes y después el cielo entero se desintegre en mil pedazos y caigan sobre mi cabeza, y me aplasten a mí y a todos los demás de una vez por todas. Cuando llueve puedo imaginar que mi tristeza forma parte de las gotas que caen, entonces siento que mi pena se aliviana, aunque sea un poco. Me estoy volviendo viejo. Eso mismo pensé cinco años atrás, cuando estallé en cólera con/contra Valentín. Vino a comunicarme que se iba a casar. Una buena chica, hija de mi viejo amigo Adolfo. Hicimos juntos la primera parte del Secundario, hasta la guerra. Los primeros meses estuvimos en el mismo escuadrón, en la frontera con Brasil, defendiendo una Misiones desierta, como la mayor

parte del país. Solamente en Buenos Aires había gente en aquella época. En Buenos Aires y alrededores. Pero Buenos Aires ya no era lo que hubo/había sido, la tercera parte sumergida en el océano la había convertido en zona de alerta. Las primeras bombas fueron detonantes, la naturaleza hizo el resto, como siempre. Como toda tarea que no termina el hombre. Tres meses después, me mandaron al sur, a defender las cordilleras que no eran nuestras. A Adolfo lo volví a ver una sola vez más tarde. Ya teníamos veinticinco años, él trabajaba en una fábrica de armas. Su mirada ya llevaba la sangre como un tatuaje oscuro y desesperante. Se mató dos años después, cuando Brenda, su mujer, se fue con otro. Yo sé que también hubiese deseado matarla a ella en el último instante. Recuerdo haberle preguntado aquella vez si no le pesaba en la conciencia fabricar las herramientas para la destrucción del mundo. Él me había respondido que nadie tuvo conciencia jamás de su propia destrucción, de su amarga existencia, que le habían impuesto una vida de desolación y tristeza. Que las

armas no significaban ninguna amenaza si no fuera porque existen desgraciados que las empuñen. Después de eso, no volvimos a hablar.

Por aquel entonces, yo trabajaba con las computadoras, aún pensaba que podría vivir dignamente. Había aprendido la labor de mi padre, un genio de la informática, incluso después del accidente. Vivimos bien gracias a eso durante algún tiempo, hasta que me ofrecieron planear el ataque a los irlandeses. La corrupción se filtraba por todos los medios a la sociedad, era imposible alejarse de ella o pretender estar limpio. Así y todo, me rehusé a formar parte de eso, algo me decía que Walter estaba allá. La estupidez, seguramente. Hasta el día de hoy no sé absolutamente nada de mi hermano y, probablemente, muera sin saber más que lo que mis pobres sospechas me han dado. Y confío ciegamente en mis pobres sospechas. En fin, terminaron echándome cinco días después, adjudicando excusas incomprensibles. Yo pensé que había sido por eso que terminé metido en el Gobierno, craso error el mío. Me envolvieron con

sus artimañas supuestamente encaminadas al progreso y a la evolución social del país. Mentiras y basura era todo. Me usaron durante años sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. Cuando por fin descubrí la porquería en que estaba metido, ya no pude salir de ahí. La renuncia estaba prohibida y no pensaban siquiera en echarme. Era un ex combatiente, de los pocos que quedaban, y eso les daba el perfil perfecto, éramos considerados algo así como personas nobles para la sociedad. De nobles no teníamos nada, éramos títeres de los poderosos, como lo seremos siempre. Si por ellos hubiese sido, todavía hoy estoy posando en sus inmundos pasacalles de elecciones presidenciales. Igualmente, nunca llegué a presidente, por fortuna, ya que no hubiese podido evitar la masacre de 2029. Fue algo verdaderamente espeluznante. Todos mis primos desaparecieron en esa época, eran valiosas personas de carácter fuerte e ideales utópicos que nacieron a destiempo. Esos sí eran nobles.

Sí, fui diputado, no pude renegar del cargo, fueron tres años que prefiero olvidar. Me doy pena cada vez que pienso en todo el dinero robado frente a mis narices y la corrupción que reinaba en el país mientras yo únicamente podía salir en los noticiarios, sonriendo con cara de imbécil, sin poder solucionar nada. Y es que solo eso podíamos hacer los electos: nada. No éramos otra cosa que la cara visible al público para encubrir los verdaderos rostros del poder, que llevaban a cabo la no disimulada destrucción alevosa de nuestra población. Estados Unidos sigue controlando el mundo y lo único que busca es devastarlo. De hecho, lo hace a la perfección. Poco después, la supuesta democracia, tocó fondo. Por fin derrocaron la mafia que nos gobernaba, pero no fueron tiempos mejores. Era el 2032, las calles se infectaron con soldados caras de perro que marchaban dentro y fuera de los hogares, seleccionaban algún ciudadano ejemplar, en muchos casos ofrecido por la misma familia; el considerado el menos productivo para la sociedad,

lo llevaban a la plaza más cercana y ahí lo dejaban. Una invasión de bestias, de cerdos hambrientos de sangre y vírgenes. Abuso de poder, como siempre, pero legítimo y público.

El gato me observa en silencio. Ya está satisfecho y más tranquilo. No maúlla, pero sabe de qué estoy hablando, él también tuvo que escapar varias veces de un perro sarnoso y hambriento, como yo, como todos los que huimos de la guerra. Y ahora está solo, con los ojos vacíos, como yo. Desea maullar a gritos para llamar a su sillón dorado y dormir eternamente, así como yo deseo con locura llamar a mi muerte. Pero permanece en silencio, entrecerrando las cuencas inexpresivas, solitario y paciente en su espera, como yo. Afuera, la marcha no cesa. Algunos tiros se oyen a lo lejos, pero ya son parte de la vida normal. Risotadas narcóticas de infelices armados. El gato mueve apenas las orejas, efímero. Yo sigo quieto. Pienso. Recuerdo. Espero.

Luisa vuelve a entrar. Me molesta que no golpee la puerta, pero me resulta estúpido

decírselo. Me molesta, también, su andar presuroso, autómeta, programado para la labor agotadora de atender al viejo malhumorado y resentido, que vengo a ser yo, y quién sabe a cuántos más que estarán hediendo como yo, en este edificio. Trae una radio, mi vieja radio. Se rompió ayer, la rompí yo, la estrellé contra el piso lo más fuerte que pude cuando oí que Colombia estaba siendo devastada por los iraníes. Mi Lorenzo está en Colombia. No me lo dijo, hoy en día esas cosas no se cuentan, pero yo lo sé, lo supe en cuanto me informó que se iría del país. En fin, ya no quiero pensar más en eso, soñé demasiado con mi Lorenzo anoche, las pocas veces que pude conciliar el sueño. No recuerdo bien de qué se trataba, pero él era solo un niño, solamente recuerdo su sonrisa de infante ajeno al dolor. Y siento el dolor como un puñal que me atraviesa.

Deja la radio en la mesita que arrastra hasta mi lado. Pienso que en este momento es una enviada del demonio, Luisa, la radio, mi interpretación del sueño, todas. Descubro, a mi

pesar, que ni siquiera llegué a golpearla lo suficientemente fuerte como para dejarle una abolladura considerable, apenas si hay un rasguño, mi fuerza es nula. Empiezo a sentir de nuevo la creciente furia de saberme impotente. Luisa me mira con esos ojos grandes, curiosos, pero reservados. Son marrones, abrasadores, perturbadores, crueles. Me molesta que me observe de esa manera, parada frente a mí, inmóvil. Le preguntó qué carajo le pasa. No dice nada. Me sigue mirando. Siento la sangre subir a la garganta. El gato se va a su rincón de siempre, quiere dormir. Luisa baja por fin la cabeza y prende la radio. Si pudiera pararme, estoy seguro, le estrujaría el fino cuello de sirvienta. Sí, a veces quiero matarla pero es, simplemente, porque la aprecio y desprecio su triste existencia, como ella también desprecia la mía y desea, cada vez que me mira, que muera pronto. La aprecio por eso, por comprender mi infelicidad, mi desdicha, por no compadecerme con lástima sino con bendición, por desearme la muerte cruda y no la insulsa e

improbable posibilidad de una mejoría. Quiero matarla, sí, pero para salvarla de la cruel vida de la que somos víctimas. Debe tener cerca de treinta años, quizás menos, la piel ajada es propia de las mujeres de servicio doméstico de esta época. El silencio también. Pero Luisa es joven y buena, tiene el semblante tierno y sufrido, y tiene dos hijos pequeños, y yo quiero matarla. Se va.

Intento calmarme. En la radio suena un viejo tema que odio. Alguno de esos ridículos cantorcitos sin talento salidos de los concursos televisivos que en una época estuvieron tan de moda. Insoportable, realmente. Hoy en día ya casi no existen los músicos verdaderos, son todos maricotas e histéricas prefabricados. El que ahora suena es uno de los “mariposones”, era una buena palabra que aprendí de mi abuelo, siempre me hizo reír. Hoy no. Me acuerdo de Lorenzo. Mariposones, una palabra que me descostillaba de risa pero también de otra cosa que no identifico. Me acuerdo de la guerra. Cortan la música. Una tétrica pero enérgica voz habla: “*repetimos la lista*”

de personas desaparecidas cuyos cuerpos han sido hallados en el incendio de la vieja catedral...” Habla de Colombia. Luisa me trajo la radio porque hay algo que quiere que escuche, lo sé, maldita extranjera. Cuando realiza estos actos crueles despierta mis peores sentimientos, por suerte estoy en esta silla y ella es pesada como para que yo logre hacerle daño, por suerte para ella. *“Pedimos disculpas por no poder dar los nombres en orden alfabético, pero creemos que más importante que el orden es el contenido de este informe, que, por cierto, es urgente y lo acabamos de recibir...”*. Siento el estremecimiento en mi pecho, el inconfundible sabor del miedo invadiendo el espacio que recién ocupaba la efervescencia de la ira. El locutor comienza a enumerar apellidos y nombres desconocidos con voz sofocada pero elaborada. Permanezco atento, con los ojos fijos en el cuadro que dibujó una vez mi hijo. Un enorme sol sale detrás de mil tumbas en ruinas. Recuerdo la impresión que nos causó a Luz y a mí el contemplar la imagen creada por la mente

de nuestro pequeño de ocho años. Claro, era 2031, plena masacre en las calles, muerte en cada esquina. No necesitaba un psicólogo, necesitaba un mundo mejor.

“Gómez, Leopoldo; Garavito, Andrés...” El sol era su madre.

“...Rossetti, Franco; Ruíz, Fabiana...” Pienso en la risa atiborrada de lágrimas de

Luz frente al cuadro. Su abrazo. El pequeño rostro rosado de Lorenzo aplastado contra el pecho de mi mejor mujer.

“...Pereira, Daniel; Barrionuevo, Silvia; Dobbler, Julián...”

Podría llorar de nostalgia. Es una tarea difícil la de extrañar, la de recordar.

“...Agnelo, Federica...”

A veces me gustaría tanto estar bajo esas tumbas dibujadas, enterrado al fin, muerto.

“...Camorra, Gonzalo; Galena, Amélie; Calderón, Lorenzo; González, Roge...”

Siento una lanza invisible, forjada por esa voz hueca, que se hunde en mi pecho. Mi

respiración se contiene más que nunca, ni siquiera intento llorar, sé que no podría de tan grande que es el dolor. En cambio, siento un nuevo desgarró por dentro, me sangra la vida, el alma se me resquebraja. Yo mismo me resquebrajo, es la única descripción que encuentro para esta sensación. La desolación me agobia, me asfixia. Miro de nuevo el cuadro, descubro que, en realidad, ya estoy enterrado y soy una de esas tumbas grises y duras, que estoy dibujado bajo la tierra, que mi cuerpo es uno de esos que parecen caminar por el inframundo del dibujo. Y empiezo a entenderlo mejor: arriba, las luces son misiles que caen y nosotros, vivos, contentos, bajo la franja que separa la superficie y el interior de la tierra, nosotros como topos laboriosos que las bombas no tocan, y Lorenzo, un niño, solo, un niño con un barrilete en su mano, caído. Lorenzo es el niño bajo el árbol contemplando una luna eclipsada por las luces que, ahora entiendo, no eran estrellas.

La respiración reinicia su marcha lenta e inexorable. Los sigo viendo, el rostro del niño que

fue mi Lorenzo en el pecho de Luz. Las sonrisas eternizadas en sus rostros. Paz. Sigo fumando mi pipa. El gato me mira. Él también quiere paz. Intento dormir pero también quiero seguir despierto, para fumar hasta el hartazgo. Mantengo latente mi única esperanza de morir por algún extraño estallido pulmonar antes de perder también a Andrea.

Luisa entra una vez más. Cómo me conoce. Trae una botella de whisky en sus manos. Le digo que me alcance el teléfono, está muy lejos como para agarrarlo yo mismo y, a esta altura, ya perdí las mañas del inválido de primer grado de querer hacer todo solo, mi resignación es completa. El aparato está en el suelo porque anoche lo estampé contra la pared en un ataque de nervios: en la comisaría no me respondían. Ahora sí. Discuto a gritos con el oficial Córdoba. Luisa me observa con sus ojazos, escudriñando mis gestos, analizando mi nuevo acceso de cólera, sintiendo profunda lástima por mí. El gato duerme como si nada estuviese pasando a su alrededor. Lo contemplo mientras me dejan

con la musiquita de espera, envidiándolo con todas mis fuerzas, deseando convertirme en él. Ahora me responde un nuevo inútil que no tiene ni idea de qué decirme. Me despliego en un interminable repertorio de órdenes y amenazas en vano. Lo insulto porque odio que me contradigan. Me cuelga, el muy desgraciado. Quiero lanzar el teléfono de nuevo contra la pared y romperlo de una vez, que deje también de existir ese ridículo aparato, nacido para que los hombres se comuniquen cuando eso es imposible. Quiero llorar de impotencia, pero no puedo. La paradoja despierta mi furia. Quiero correr a estrangularlo, a estrangular a alguien, aunque sea a ese gato, pero no puedo moverme tampoco. Hace años no puedo moverme. Únicamente quiero a mi hija sana y salva.

Me sirvo un nuevo vaso de whisky cuando me percató, Luisa ya se fue. Le agradezco el gesto, vuelvo a sentir un aprecio fraternal por la mujer extranjera. Marco el número de la comisaría una vez más. Nadie atiende. No me importa.

Nada más me importa pero insisto, porque no tengo otra cosa que hacer.

Duermo al fin entrada la noche.

Sueño con el abrazo de Luz y Lorenzo. Sueño con su tardía pero certera felicidad. Sueño con su lejanía. Sueño con Andrea, agonizante, en una oscura celda, más solitaria aún que yo. Miradas indecentes a su alrededor. Odio circundante a su débil esqueleto moribundo. Su rostro comprimido, su llanto silencioso, cabizbaja entre armas empuñadas por rostros familiares, compañeros de la infancia, Valentín. Abro los ojos de golpe, lo tengo enfrente. Me mira hoy con los mismos ojos que Leonardo aquel día gris, fijos en los míos, llenos de luz. Pero los de Valentín me dan escalofríos. Me besa la frente. Me quiere y yo a él, pero la vida no.

Quiero paz, él arma la guerra. Y no sabe aún, no puedo explicarle, no sé hacer que comprenda. Me pregunta cómo estoy, me habla de Andrea, me dice que la vio, que intentó intervenir pero no lo dejaron. Me habla de cómo “por la plata

baila el mono”. Me explica la política de porquería de sus superiores. Lo escucho, como si fuera nuevo para mí lo que él me dice. Murmuro una maldición. Él sigue hablando. Valentín nunca pregunta nada, pero cuando lo hace, sus preguntas carecen por completo de razón de ser, son simples introducciones a respuestas que alguien le dio y aceptó sin reparos para asimilarlas instantáneamente al propio repertorio. “Creo que es la única manera de hacer algo. Los negocios están yendo bastante mal, seguramente con algunas monedas importantes...” Asiento nerviosamente. “...El problema es que, en tu situación, unas monedas importantes significan todo tu capital...” Tan decidido que aparenta ser, tan astuto, y da mil vueltas para formular la pregunta más básica de la humanidad, ¡dinero! Eso es lo que menos me importa, sobre todo en este momento. Yo sé que todavía me queda mucho, hace tiempo atrás este país me compró la vida y el silencio, y esas son cosas que se cobran “importante”. Por lo visto, hoy en día la justicia también vale lo suyo. Dinero. “Llévate lo que

quieras, lo que haga falta, todo. Llevate todo pero traeme a mi hija antes de medianoche. Mi corazón ya no está para esto.” Me mira, asiente sin gestos. Me besa en la frente y se va diciéndome que esté tranquilo, que no me preocupe, que confíe en él. Yo lo hago. Sigue siendo mi mejor hijo. Tiene la facultad de hacerme sentir inmensamente orgulloso y de defraudarme profundamente a la vez. Pero sé que esta vez puedo confiar. Es mi única esperanza, y la de Andrea. Cierro los ojos y espero. El gato ronronea a mi lado, desborda de paciencia sabia. Yo no.

Cuando despierto, encuentro a mi hija acostada en el sillón. No puedo emitir palabra, solo un débil gemido. En su rostro se evidencia la tortura, sus pómulos inflamados y violáceos. Desgreñada. Desamparada. Herida, corrompida tan injustamente. Mi pequeña Andrea, pensar que tiene dieciocho años y ya lleva una mirada tan triste. Como su madre.

Ahora es cuando me mira. En sus ojos aún se refleja el horror, inyectados en miedo,

desorbitados. No dormía, pensaba. Me mira y se inundan las pupilas aterradas. Corre hacia mí, rengueando apenas, y se arroja sobre mis rodillas inmóviles. Lloro, vencida, aferrada a mi pierna que no siento hace tanto. Sin embargo, esta noche, puedo percibir su abrazo perfectamente... en ambas. Respiro con alivio, como hace tiempo no lo hago. Le acaricio el cabello, se lo cortaron brutalmente: algunos mechones fueron arrancados, otros, quemados. Sus manos, cortadas, con marcas de cigarrillos. Mi furia es creciente, pero la satisfacción de tenerla nuevamente a mi lado es todavía mayor. Las lágrimas brotan de a millares pero no se despliegan, mis retinas las resguardan. Hubiera deseado tanto darle una mejor vida, una que solamente fuera difícil. Me siento impotente e infeliz, pero ella está a mi lado y eso sana todo.

Me mira en silencio, los ojos más calmos, el verde de nueva esperanza. “Ya estoy bien, papá. No te mortifiques.” Me habla despacio pero segura, como si leyera mis pensamientos. Sonríe y la abrazo con fuerza. Quiero morirme así.

Andrea se va a Francia. Florencia dice que allá las cosas están más calmas. Le pido que la cuide, se lo pido con la voz quebrada. Ella me promete, ella me lo debe. Nunca me habla de Valentín, pero sabe que Luz y yo hicimos todo por él. Ella me promete. Yo me quedo, no porque quiera hacerlo. En realidad, ya ni me importa dónde estoy o, mejor dicho, dónde está mi cuerpo; yo sigo en un mismo lugar desde hace mucho, yo estoy perdido. Si pudiera, iría con ella. La ley no me lo permite, no puedo salir de Argentina. Les vendí mi vida pero hoy pude comprar la de mi hija. Buen negocio, me consuelo. Este es el primer adiós que me aliviana el dolor. Andrea se va para empezar de nuevo. Ella es como su madre, un ave Fénix, tiene la increíble capacidad de renacer de sus cenizas. Y posee el temperamento fuerte y tenaz del Fabricio Calderón que he sido alguna vez. La despido y me alegro.

Luisa entra y me trae un almuerzo nuevo. Ni siquiera lo miro. No voy a comer pero pienso fumar todo el día y se lo digo. Diez minutos

después vuelve a aparecer con tabaco y papel para armar en las manos. Se sienta, sin hablar, en la mesa de la esquina. El gato se corre para hacerle lugar. Comienza a liar, prolijamente, uno por uno, los cigarros que quiero comerme.

Me los alcanza y se va. Es muy rápida para esas cosas. Es muy rápida para todo, la pobre e intrépida Luisa. Lástima que perdí las ganas cuando mi pierna dejó de responder. Gangrena. La cortaron a la altura del muslo cinco años atrás. Mi orgullo decayó y dejé de sentirme un hombre para empezar a verme como un inválido de cuerpo y espíritu. Pero, como dije antes, eso es algo que ya pasó a segundo plano. Fue un cuatro de julio. Con la pierna, también perdí mi amor propio, nada más tenía el que Luz me profesaba. Hoy estoy postrado en esta precaria silla con una pierna ortopédica y ese gato que me observa.

Fumo. Fumo y tomo lo que queda de whisky. El gato se come lo que hay en el plato, se relame y me vuelve a mirar con ojos de precipicio. El gato, mi única compañía fiel, constante y

silenciosa. La compañía perfecta. Y está a mi lado porque le place, no tiene la maldición del instinto canino de ser esclavos. Él es libre y está aquí porque así lo desea. No tiene un solo seso, de eso no caben dudas. Como si oyera mis pensamientos, se voltea y vuelve a su rincón preferido, sobre el viejo almohadón que destrozó con uñas furiosas el día que llegó a esta tétrica habitación. Se lame y duerme.

También quisiera dormir, pero no puedo. No puedo ni siento necesidad. Sigo fumando y tomando. Hablo como un borracho con el gato dormido. De vez en cuando mueve alguna de sus orejas como para avisarme, me dice que deje el mensaje después del movimiento, que al despertar será oído con toda atención. Trato de pensar un nombre, nunca se me ocurre uno. Las veces que intenté, los olvidaba al instante, de manera que ya resigné bautizarlo, como si el animal necesitara de un nombre que lo diferencie de otro. Aquí adentro somos solo él y yo.

Siento una brisa fresca entrar por la ventana entreabierta.

Miro el cuadro una vez más. El sol de acuarelas me hipnotiza, me pierdo en su tinte amarillo. Me pierdo en los recuerdos. La tristeza me agobia, pero mi hija está viva: ahora mismo, Valentín la está acompañando al aeropuerto con su rifle cargado. La protege. Casi puedo verlos en el abrazo de despedida, como hermanos que, al fin y al cabo, son. Sonrío. Pienso ahora en el abrazo de Lorenzo y Luz. Sonrío de nuevo. Bebo de la otra botella.

El gato despierta y maúlla sórdidamente, con su mirada hueca fija en mí. Un maullido eterno resuena dentro mío, lleno de ecos agudos y distantes. Me estoy yendo. Siento la vida escurrirse como un manantial de aguas contaminadas. Percibo una cascada de sangre ponzoñosa que fluye en mi interior. Me pierdo en la luz de ese sol dibujado y caigo al suelo.

Veo cómo se acerca a mí el rostro del gato, tan negro, tan viejo frente al mío, maullando aún,

intermitentemente. Pero ya no lo oigo. Lo agarro del cogote frágil y delgado. Presiono con las fuerzas que ya no tengo y me contento con percibir vagamente la suavidad de su pelaje. Noto mis ropas empapadas, me siento un cerdo revolcado en la mierda pero contento. Me ahogo. Sus ojos esperan dentro de los míos. Los contemplo hasta que mi vista se nubla y el sol vuelve a aparecer, siento su calidez en la piel y comprendo todo, aunque ya no importa, de nada sirve. Ahora me abrazo a la Muerte, estoy lejos. Desde acá escucho, por fin, la voz de Luisa elevarse en un grito brevísimo y pienso en los cigarrillos sobre la mesa que no terminé de fumar.

Rosario, 17 de julio de 2043.

Fabricio Calderón.

Audios telefónicos clandestinos.

Registro Nacional de Seguridad Internacional.

Requiescat in pace.

Andrómeda.

	Parto	1
	La Alfombra	3
	La Plaga	9
	La oscura cárcel del olvido	29
	La sociedad	55
	Fu-manchú	65
	Alicia	83
	Cosmos	99
Estampida de cerdos		117